

John Connolly

MÁS ALLÁ DEL ESPEJO



Charlie Parker 4.5





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Algo malsano flota todavía en el interior de la Casa Grady. En esa tenebrosa casa, perdida en las lindes de un denso bosque y de cuyas paredes cuelgan tal vez demasiados espejos, ocurrieron hechos atroces. Allí su dueño, John Grady, asesinó a varios niños tras secuestrarlos. Años después, el padre de una de las víctimas, que compró la casa para que nadie olvidara los crímenes cometidos en ella, tiene indicios de que una niña desconocida podría estar en peligro. Y acude a Charlie Parker para que evite una tragedia. El detective, que no duda en aceptar el caso, va en busca de todos los que conocieron a John Grady. Quizá logre así descubrir qué secretos oculta todavía la casa, aunque eso suponga atraerse la ira de esos seres espectrales que acuden siempre a la llamada del Mal.

John Connolly

Más allá del espejo

Charlie Parker 4.5

*En el caserón oscuro del alma, deslucido y maltrecho,
entra luz nueva por las rendijas que el tiempo ha hecho;
ya cerca de la morada donde pasarán la eternidad,
los hombres se vuelven sabios, fortalecidos en la debilidad.
Y al marcharse, ambos mundos ven a la vez...*

« De los últimos versos del libro »
EDMUND WALLER

La casa Grady no es fácil de encontrar. Está al pie de una tortuosa carretera rural que, como un reptil que se apartara del camino para arrastrarse hasta morir, se desvía de la Estatal 210 en dirección noroeste y avanza entre escarpados ribazos poblados de pinos y abetos, cada vez menos transitable a medida que el asfalto da paso al cemento agrietado, el cemento a la grava, la grava a la tierra, como si conspirase para disuadir a quienes llegaran a ver la casa de tejado azul a dos aguas que aguarda al final. E incluso allí surge un último obstáculo que los curiosos tendrán que vencer, ya que el desigual sendero que lleva hasta la puerta está asilvestrado, invadido por la maleza. Árboles caídos siguen donde en su día se desplomaron y forman ahora puentes naturales que aprovechan las plantas rastreras y las trepadoras, sumándose a ellas las zarzas y las ortigas para crear un torvo muro verde y marrón. Sólo los visitantes más tenaces lograrán superarlo abriéndose paso a través de la vegetación o salvando zanjas y peñascos, tropezando con raíces que apenas parecen prendidas al terreno, raíces de árboles a merced de cualquier tormenta, hasta la más ligera.

Aquellos que consigan pasar llegarán a un jardín de tierra gris y hierbajos malolientes, delimitado por el linde del bosque, que allí está formado por una hilera de árboles llamativamente uniforme a una distancia de seis o siete metros de la casa, de tal modo que se diría que la propia naturaleza se resiste a aproximarse. Es una sencilla construcción de dos plantas, con el piso superior coronado por una mansarda. Un porche la circunda por tres de sus lados, y en la fachada este un balancín torcido, en estado lastimoso, cuelga de una sola cuerda. Las hojas muertas, abarquilladas como restos de insectos, se amontonan contra ventanas y puertas. Enterrado entre ellas asoma el cascarón momificado de una carriza, su cuerpo aplastado y sus plumas tan frágiles como un pergamino antiguo.

Hace ya tiempo que las ventanas de la casa Grady se tapiaron con tabloncillos y las entradas delantera y posterior se reforzaron mediante puertas de acero. Nadie ha ocasionado desperfectos, porque incluso los gamberros más osados se abstienen de acceder a ella. Algunos se acercan a mirar y a tomar una cerveza a su sombra, como si desafiaran a los demonios de la casa a arremeter contra ellos; pero, como niños pequeños incitando a un león a través de los barrotes de la jaula, son valientes siempre y cuando se interponga una barrera entre ellos y la presencia oculta en la casa Grady.

Pues allí hay una presencia. Acaso no tenga nombre, o ni siquiera forma,

pero existe. Se compone de sufrimiento, de dolor y de desesperanza. Está en el polvo del suelo y en el papel desvaído que se desprende lentamente de las paredes. Está en las manchas del fregadero y en la ceniza del último fuego. Está en la humedad del techo y en la sangre del entarimado. Está en todo, y todo forma parte de ella.

Y está a la espera.

Resulta extraño cómo el nombre de John Grady apenas se menciona, salvo en alusión a asesinatos perpetrados por otros. No se ha escrito ningún libro sobre él —ni siquiera en estos tiempos de curiosidad insaciable acerca de los individuos más siniestros que han habitado entre nosotros—, y el carácter de sus crímenes no se ha explorado aún en la imaginación popular. Ciertamente si uno está dispuesto a escarbar en las publicaciones de criminología o los manuales sobre actos violentos, encontrará intentos de comprender el caso de John Grady, pero todos fracasan. El caso de John Grady es inexplicable, ya que para explicarlo antes debería *saberse* algo sobre él. Debería conocerse cierta información: unos antecedentes, una personalidad. Debería haber compañeros de estudios y de trabajo; un padre ausente, una madre autoritaria. Debería tenerse constancia de un trauma y una sexualidad conflictiva. En cuanto a John Grady, nada de todo esto existe.

Llegó a Maine en 1977 y compró una casa. Sus vecinos se acercaron a visitarlo y él los invitó a entrar a verla. Era una casa antigua, pero saltaba a la vista que John Grady tenía cierta experiencia en albañilería, porque estaba derribando tabiques, colocando parqué, rellenando grietas y sustituyendo las tuberías viejas. Sus vecinos nunca se quedaban mucho rato, ya que John Grady era a todas luces un hombre muy ocupado, aunque de dudoso gusto. El papel pintado original, uno caro, ya había desaparecido, y ahora ocupaba su lugar otro más barato, sin adornos. La cola que Grady usaba era creación suya y apeataba, lo cual proporcionaba a los vecinos una razón más para no prolongar su visita. Grady llevaba a cabo todo el trabajo solo. Hablaba de sus proyectos para la casa y se notaba que la había creado ya en su cabeza. Hacía referencia a cortinajes rojos y mullidos sofás de terciopelo, a bañeras con patas en forma de garra y mesas de caoba para el comedor. Era, sostenía Grady, un trabajo hecho con amor, pero la gente, al contemplar aquel papel pintado barato y oler la hedionda sustancia con que lo había encolado, lo catalogaba de fantasioso.

John Grady raptaba niños. Se llevó al primero, el pequeño Mattie Bristol, de North Anson, en el otoño de 1979; al segundo, Evie Munger, de Freyburg, en la primavera de 1980; al tercero, Nathan Lincoln, de South Paris, en el verano de 1980; a Denny Maguire, la cuarta víctima y único superviviente, lo raptó mientras volvía del colegio, en Belfast, la tercera semana de mayo de 1981; y su

última víctima, Louise Matheson, desapareció cuando iba de su casa en Shin Pond a la de su mejor amiga, Amy Lowell, el 21 de mayo de 1981.

Ése fue su error, porque Amy, impaciente ante la inminente llegada de su amiga, la esperaba escondida en el bosque a un paso de su casa, dispuesta a salir de improviso y sorprenderla. Vio cómo el Lincoln de Grady se detenía junto a su amiga, y al hombre de dentro inclinarse a un lado para hablar con ella. Poco después, cuando Grady, con su enorme mano, agarró a Louise por el pelo y la obligó a entrar en el coche, Amy fue incapaz de moverse. Sus padres la oyeron gritar, y en cuestión de minutos la policía iba hacia allí, a la vez que se organizaba y a la búsqueda de un Lincoln rojo.

No tuvieron que ir muy lejos para encontrarlo. En el secuestro de Louise Matheson, John Grady decidió aprovechar una circunstancia propicia. Había raptado a sus víctimas anteriores en pueblos repartidos por todo el estado y luego las había llevado al oeste para matarlas; Shin Pond, en cambio, se hallaba a sólo quince kilómetros de su casa. A John Grady le costaba cada vez más saciar sus apetitos, y el desahogo que experimentaba al satisfacerlos ya no duraba tanto como antes. Es posible imaginarlo, el día del secuestro de Louise Matheson, deambulando por las carreteras, consumido por su ansia, tal vez prometiéndose que sólo pretendía distraerse de esos apetitos con un paseo, que en realidad no buscaba a otra víctima.

John Grady era un hombre alto y delgado. Prematuramente canoso, llevaba el pelo casi al rape, lo que confería a su rostro un aspecto aún más alargado. Debido a una carencia de calcio en la infancia, tenía un mentón prominente, poco agraciado, que él procuraba disimular manteniendo la cabeza gacha. En público, siempre vestía traje, realzado por medio de una vistosa pajarita y unos tirantes oscuros. Se advertía en él algo anticuado. Daba la impresión de que sus trajes, aunque limpios, habían pasado una temporada en un desván o una tienda de ropa usada. Llevaba camisas un poco raidas en el cuello y los puños, y las pajaritas presentaban un aspecto apagado más que nuevo, con arrugas y manchas que inducían a pensar en muchos años de uso.

John Grady tenía los dedos largos y las manos grandes. Amy Lowell contó a la policía que cuando aquel hombre agarró a su amiga por la cabeza, sus dedos se cerraron por completo en torno al cráneo como las garras de un ave enorme, llegándole casi hasta los ojos.

Pese a su estado de shock, Amy Lowell ofreció a la policía una buena descripción del individuo que se había llevado a Louise Matheson, y del vehículo en el que viajaba. Algunos recordaron que John Grady tenía un Lincoln rojo, y la policía se personó en su casa y encontró el coche. Nadie atendió cuando llamaron a la puerta, y a eso siguió una discusión entre los agentes, allí en los peldaños del porche, sobre si existía o no causa probable. Interrumpidos por el grito, real o imaginado, de una niña, echaron la puerta abajo.

John Grady estaba en el vestíbulo de su casa. Su gran obra seguía inacabada, y había escalerillas de mano y sábanas por todas partes. Tenía la mano izquierda en el picaporte de la puerta del sótano y empuñaba una pistola con la derecha. Antes de que lo detuvieran, se apresuró a cruzar la puerta del sótano y echó el cerrojo. La había reforzado precisamente en previsión de tal contingencia, sustituyendo el endeble panel original por un robusto portón de roble con varas de acero y un pasador de seguridad. La policía tardó veinte minutos en derribarla.

Cuando entraron en el sótano, Louise estaba muerta. Desmadejada junto a ella en el suelo había otra criatura, un niño de corta edad. Aún vivía, pero había perdido el conocimiento a causa del hambre y la deshidratación. Era Denny Maguire.

John Grady, de pie junto a ellos, se apuntaba a la cabeza con la pistola. Sus últimas palabras, antes de apretar el gatillo, fueron:

—Esto no es una casa. Esto es un hogar.

El invierno había llegado. El viento del norte había desnudado casi por completo los árboles, dejando sólo alguna que otra hoja con la que amenazar el gran predominio de las coníferas. Pequeños hayedos jóvenes temblaban bajo la enramada, y los retoños de arce azucarero salpicaban los bosques como oro perdido. Ahora reinaba allí una especie de silencio mientras los animales se preparaban para el letargo o para la muerte.

En Portland, los árboles del Puerto Antiguo estaban adornados de luces blancas, y más arriba, en Congress, un árbol de Navidad irradiaba un vivo resplandor. Apretaba el frío, pero no tanto como en los inviernos que yo recordaba de mi infancia. Cuando era niño, viajábamos al norte en coche para pasar el Año Nuevo en la casa de mi abuelo en Scarborough. Mi padre y él compartían el whisky y se contaban batallas, porque los dos eran policías, si bien mi abuelo se había retirado hacía muchos años. Mi madre, indulgente, escuchaba anécdotas que ya había oído contar una y otra vez y, al final, me mandaba a la cama. Fuera, la nieve resplandecía con una coloración azulada, iluminada por una luna reluciente en un cielo oscuro y despejado. En mi habitación, yo me sentaba junto a la ventana, arrebujado en una manta, y contemplaba esa luna recorriendo sus contornos con la mirada, recreándome en su existencia ultraterrena. Incluso en las noches más oscuras, cuando la luna era invisible, la nieve parecía contener luz. Para mí, aquel niño que la observaba desde su ventana, brillaba desde dentro, muy dentro, y yo me dormía con las cortinas descorridas para que esa belleza impoluta fuese lo último que viesan mis ojos antes de cerrarse, mientras en el piso de abajo el volumen de las voces de aquellos a quienes quería se elevaba y disminuía en una lejana y suave cadencia.

Con el tiempo, esas voces de mi pasado se acallarían. Mi abuelo, mis padres..., todos habían desaparecido ya. Resultó que me convertí en aquello que más temía cuando era niño: un hombre cuya sangre sólo corría por sus venas, una figura sin lazos visibles con quienes lo habían traído a este mundo. Y cuando intenté echar el ancla creando una familia propia, también ésta me fue arrebatada, y quedé a la deriva, y por un tiempo estuve extraviado en lugares sin nombre.

Aun así, al final empecé a entender que no iba totalmente a la deriva, y que entre todo lo que había conocido a lo largo de la vida y yo existían hondos vínculos. Tuve que regresar a este lugar para desentrañar esos vínculos, para sacarlos a la luz allí donde siempre habían estado, aguardando bajo hojas caídas

y nieve compactada en la memoria de un niño sentado junto a una ventana. Mi pasado y mi presente se hallaban aquí, en esta zona del norte, y también mi futuro, o ésa era mi esperanza. Pronto volvería a ser padre, porque Rachel, mi amada, daría a luz en las próximas semanas. Me sentía parte de un círculo que se cerraba lentamente en esta región de mi infancia, y pensaba que siempre me quedaría aquí. Durante los largos meses del invierno echaría pestes y me lamentaría en compañía de los mejores entre los ancianos. Me quejaría cuando el coche se me atascara en el barro durante el deshielo de primavera, o cuando en las esquinas de las calles sucios montones de nieve helada siguieran fundiéndose poco a poco ya entrado marzo, manchando aceras y calzadas en una inútil operación de retaguardia contra la llegada de la primavera. En verano espantaría los mosquitos y los tábanos, y en otoño vería desaparecer el césped de mi jardín bajo la hojarasca.

De vez en cuando, como ya ocurre ahora, oiría a algún vecino comentar en broma la posibilidad de marcharse a Florida, afirmar que ese condenado invierno era el último que soportaba en el frío nordeste, pero yo sabría que mi interlocutor jamás se iría de aquí. Eso formaba parte del juego que todos practicábamos, del baile en el que todos interveníamos. Yo sería incapaz de vivir sin estaciones, porque las estaciones son el reflejo de los ritmos de nuestra existencia: el nacimiento y la madurez, el declive y la putrefacción, pero siempre con la promesa de regeneración para quienes permanecen. Quizá cambiase de postura con la edad, a medida que los inviernos hiciesen cada vez más mella en mí y el viento del norte trajese el recordatorio de mi propia mortalidad. A veces me preguntaba si ése era, en parte, el encanto de Florida o Arizona cuando uno llegaba al ocaso de su vida: apartado de las estaciones, uno podía olvidar el ritmo que regía la propia vida, a la vez que los pies ejecutaban los pasos finales del baile.

Mi potencial cliente llegaba con retraso, pero en realidad me daba igual. En Middle Street, la Half Moon Jug Band interpretaba villancicos para alegrar a los compradores. Oía la música desde donde estaba sentado, en el JavaNet Café de Exchange Street, rodeado de adolescentes que jugaban en los ordenadores. La verdad es que el JavaNet no me desagradaba, pese a que esa noche la proporción de obsesos de la informática era un poco excesiva para mi gusto. Servían un café aceptable y había unos cuantos sillones cómodos. Era, además, un sitio ideal para reunirse con alguien, ya que aquellos que compartían el local estaban, en su mayoría, tan absortos en sus citas por Internet o sus juegos por correo electrónico que no prestaban la menor atención a lo que ocurría alrededor. Por otra parte, el ventanal resultaba idóneo para observar a los transeúntes, tanto es así que, después de Newbury Street en Boston, o prácticamente cualquier sitio por debajo

de la calle Catorce en Manhattan, el ventanal del JavaNet en Exchange era uno de mis lugares preferidos para sentarme a ver pasar la vida. Ya había contado por lo menos a tres mujeres que, en el supuesto de que yo no hubiese estado plenamente a gusto con Rachel, casi con toda seguridad se hubiesen negado a tener el menor trato conmigo, y con razón. También había visto a Maurice (pronunciado «Moris») Gardner, una celebridad local entre aquellos de nosotros con un sentido del humor más negro que la media, ya que en una ocasión había herido de bala superficialmente a un Papá Noel en las galerías comerciales. Maurice sostuvo que Papá Noel se había acercado a él con malas intenciones, en tanto que Papá Noel, al prestar testimonio en el juicio contra Maurice, declaró que él simplemente iba camino del lavabo de caballeros situado junto a las oficinas de las galerías. Como Maurice, en el momento de los hechos, iba hasta las cejas de coca sazonada con diamorfina, combinación que muy posiblemente pondría un poco tenso incluso a Buda, el juez se puso del lado de Papá Noel y Maurice acabó un tiempo entre rejas, para su propia protección y asegurar también que las navidades no se convertían en una época de duelo para los clientes infantiles traumatizados en las galerías. Maurice ya no se drogaba, tomaba su medicación y era segundo de a bordo en un barco langostero. En una satisfactoria circularidad, cada Navidad actuaba de forma voluntaria como Papá Noel en un centro benéfico para niños en las afueras de la ciudad. Por lo que había llegado a mis oídos, Maurice consideraba que era lo mínimo que podía hacer para compensar sus pecados de antaño.

Portland me gusta. Ofrece todas las ventajas de una ciudad, pero conserva el ambiente de un pueblo. Posee asimismo cierta excentricidad y cierta firmeza de carácter. Quizá cuenta con más cafeterías de las que, en rigor, necesite cualquier ciudad de su tamaño, y hay un par de bares que bien podrían hundirse en el mar y, con su ausencia, éste sería un lugar con más clase, pero a mí ya me parece bien así. Tiene un pequeño cine de arte y ensayo, y el Nickelodeon, en el centro, ha vuelto a promocionarse a sí mismo a la categoría de sala de grandes estrenos. El Mercado Público continúa en activo, y hay librerías aceptables y una biblioteca grande. En suma, no es mal sitio para tenerlo a la vuelta de la esquina, y cuando me alteraba los nervios —como a veces ocurría—, siempre me quedaba la tranquilidad de saber que en realidad no vivía allí. Podía retirarme a mí casa en las marismas de Scarborough en cuestión de minutos y ver cómo se ponía el sol sobre las aguas plácidas.

Un payaso con un traje de mala calidad me saludó desde la calle y yo le contesté con un gesto un tanto aséptico. Tardé unos tres minutos en recordar que era el agente inmobiliario que una vez había intentado convencernos a Rachel y a mí de que nuestras vidas mejorarían si nos íbamos a vivir a su nueva urbanización, una auténtica cloaca cerca de Saco. Desde entonces algún que otro infortunio había sacudido la vida de aquel pobre desdichado. Había andado

tirándose a la secretaria, y cuando su mujer se enteró, decidió exprimirlo hasta sacarle el último centavo. Su negocio se fue a pique, y cuando salió a la luz que había sido un poco parco en la información facilitada a Hacienda, se cernió sobre él una amenaza de cárcel. Tanto su mujer como su secretaria declararon contra él, cosa que dice mucho sobre la clase de persona que era. Además, un par de casas de la urbanización de Saco se habían desmoronado al estornudar demasiado fuerte un niño que pasaba por delante, y ahora se cocía también una marejada jurídica en ese ámbito. Pero allí estaba él, con una bolsa de Country Noel en la mano, saludando a un hombre a quien apenas conocía pero al que había intentado desplumar con un mal negocio inmobiliario.

¡Cómo no iba a gustarle a uno Exchange Street!

Mi cliente llegaba ya con veinte minutos de retraso, y seguía la cuenta, pero aún me daba igual. En torno a mí bullía la vida; la vida, y la promesa de vida venidera. En la calle casi todo era gente local, reivindicando para sí el Puerto Antiguo ahora que, pasados ya el verano y el cambio de la hoja otoñal, habían desaparecido los turistas y los amantes de la naturaleza. Vi a un grupo de adolescentes en skateboards: vestían sudaderas con capucha y amplísimos vaqueros, intentando aparentar que el creciente frío los traía sin cuidado. Di por supuesto que la mitad de ellos acabaría recibiendo antibióticos y tiernos cuidados de sus mamás antes de terminar la semana, pero de eso no harían partícipes a sus colegas.

Hacia un rato, yo también había dejado un poco de dinero en Bullmoose, y ahora echaba una ojeada ociosamente a mis compras. Rachel daría el visto bueno a algunas, supuse: los Notwist, y quizá Thee More Shallows. Ya no estaba tan seguro respecto a... And You Will Know Us by the Trail of Dead, pero había oído algunas de sus piezas en una de las emisoras de radio locales más vibrantes y me encantaban. Además, ése era un nombre interesante para un grupo, «Y nos conocerás por el rastro de muertos», lo cual de por sí ya contaba. Imaginé que si encontraba una camiseta con el nombre del grupo, quizás esos chicos que deambulaban por las calles me dejaran ir con ellos una temporada, al menos hasta que la policía viniera y decidiera quitarme de la circulación por mi propia seguridad.

Mi cliente llegó a las 18:25 horas. Lo reconocí por la indumentaria. Me había dicho que estuviera atento a la aparición de un hombre con traje gris y corbata negra grisácea, más un abrigo negro para protegerse del frío, y eso fue lo que vi. Aparentaba menos edad de la que yo preveía, aunque calculé que se acercaba ya a los setenta. Decidí no enseñarle mi cedé de... Trail of Dead. Consideré que quizá fuera forzar un tanto las cosas en nuestro primer encuentro. Levanté la mano para identificarme, y él avanzó entre los ordenadores para tomar asiento conmigo junto al ventanal, lanzando miradas recelosas a algunos de los clientes más..., en fin..., más «desconectados».

—Tranquilo —dije—. No le harán daño.

No pareció muy convencido, pero les concedió el beneficio de la duda.

—Frank Matheson —se presentó a la vez que me tendía la mano. Era una mano grande, con alguna que otra cicatriz. Un enorme callo se extendía por su palma desde el arranque del pulgar. Se lo noté al estrechársela. Matheson era dueño de una fábrica de máquinas herramientas de Solon y poseía una considerable fortuna, pero saltaba a la vista que la había labrado a fuerza de mucho bregar. Fui a buscarle un café —solo, sin azúcar— y me reuní con él junto al ventanal.

—Me sorprende que no tenga despacho —comentó.

—Si tuviera despacho, no me quedaría más remedio que pintarlo y comprar sillas y una mesa. Tendría que pensar qué colgar en las paredes. La gente me juzgaría por la calidad de mi decoración.

—¿Y ahora en qué se basan para juzgarlo?

—En la calidad del café de otros. Aquí es bastante bueno.

—¿Queda aquí con todos sus clientes?

—Depende. Si no me inspiran mucha confianza, quedo en Starbucks. Si no me inspiran la más mínima confianza, quedo con ellos en una gasolinera, y a lo mejor los invito a un par de chokolatinas para romper el hielo.

Una expresión de desconcierto asomó por un instante a su cara, como si una pequeña alarma luminosa acabara de encenderse en su cerebro. Es una expresión con la que me encuentro a menudo.

—Acudo a usted porque me lo han recomendado encarecidamente —dijo, más para su propia tranquilidad, al parecer, que como cumplido.

—Habrá sido alguien a quien traje aquí.

—Además, he leído sobre usted en la prensa.

—Y aun así ha venido.

Hizo un gesto oscilante con la mano derecha.

—Admito que no todo eran elogios.

—«Imparcialidad informativa», creo que lo llaman.

Matheson se permitió una sonrisa, pero yo no tenía aún la certeza de que la pequeña alarma luminosa se hubiese apagado del todo. Alzando la taza con su mano derecha encallecida, tomó un sorbo de café. Le temblaba un poco. Con la izquierda había mantenido aferrado un maletín de piel sobre el regazo todo el rato.

—Debería explicarle por qué he venido —prosiguió—. Debería empezar por mi familia, supongo. Mi...

Lo interrumpí.

—¿Esto tiene algo que ver con su hija, señor Matheson?

No pareció sorprenderse más de la cuenta. Deduje que le ocurría con frecuencia. Quizás algunos tardaban un rato en identificar el apellido, pero al

final lo recordaban. Me imaginé a Frank Matheson en su despacho, sentado ante un cliente potencial, viendo cómo entornaba los ojos y movía incómodamente las manos sin saber dónde meterlas.

«¿Louise Matheson era hija suya? Dios mío, lo siento, aquello fue un horror. Para semejante individuo, la muerte fue poco... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Grady.

» John Grady» .

—En cierto modo —contestó Matheson. Abrió el maletín—. He traído algo de documentación, por si acaso desconocía usted lo que pasó, o necesitaba antecedentes.

Dentro, vi una carpeta de plástico. Contenía copias de recortes de prensa y fotografías. No la sacó.

—Estoy al corriente —dije.

—Ha pasado mucho tiempo. Por entonces debía de ser usted muy joven.

—Fue un caso sonado, y aquí la gente no se olvida de esas cosas así como así. Se graban en la memoria y pasan de padres a hijos. Quizá deba ser así.

No respondió. Yo sabía que él siempre llevaba a su hija en la memoria, congelada por la muerte a los diez años de edad. Me pregunté si a veces intentaba representarse cómo habría sido en el presente si siguiera viva, cuál habría sido su aspecto físico, qué habría hecho de su vida. Me pregunté si alguna vez veía a otras jóvenes en la calle y creía vislumbrar en sus rostros las facciones de su hija desaparecida, un vago asomo de ella, como si por un fugaz instante morase en el cuerpo de otra, tratando de ponerse en contacto con su familia y con la vida que le habían arrebatado.

Porque yo sí veía a mi propia hija muerta en los hijos de los demás, y no creía que fuese el único que experimentaba de ese modo la pérdida.

—También yo estoy al corriente de lo suyo —dijo Matheson—. Por eso quiero contratarlo. Creo que usted sabrá hacerse cargo.

—¿Hacerme cargo de qué, señor Matheson?

Introdujo la mano en el maletín y extrajo un sobre marrón. Deslizó el sobre hacia mí. No estaba cerrado. Dentro había una sola hoja, sin plegar, brillante por una de sus caras. La saqué y observé la copia de una fotografía en blanco y negro impresa en la hoja. Mostraba a una niña pequeña. La foto se había tomado desde lejos, pero la cara se veía con toda nitidez. Empuñaba un bate de softball y tenía puesta toda su atención en una pelota que quedaba fuera de la imagen. No llevaba casco y el cabello castaño le caía suelto en torno a los hombros. Incluso a esa distancia, y teniendo en cuenta la relativamente escasa calidad de la foto, se apreciaba sin duda que era una niña guapa.

—¿Quién es? —pregunté.

—No lo sé.

Volví a mirar la fotografía. Nada en ella indicaba dónde podía haberse

tomado. Salían únicamente la niña, el bate y, a lo lejos, hierba y árboles oscuros. Di la vuelta a la hoja, pero el envés estaba en blanco.

—¿Y el original?

—Lo tienen dos policías de Two Mile Lake.

—¿Desea contarme cómo ha llegado a sus manos?

Cogió de nuevo la fotografía y la colocó con cuidado en la repisa, luego puso encima el sobre y la cubrió por completo.

—¿Sabe quién es ahora el propietario de la casa Grady?

—No, pero me atrevería a dar una respuesta.

—¿Y cuál sería?

—Que el propietario de la casa Grady es usted.

Movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—El banco la puso a la venta unos dos años después del asesinato de mi Louise. No apareció ningún otro interesado, así que no pagué gran cosa por ella. En otras circunstancias, incluso se habría dicho que fue una ganga.

—La ha dejado en pie.

—¿Y qué esperaba? ¿Que la demoliese?

—Es lo que habrían hecho muchos.

—Yo no. Quería que permaneciese allí a modo de monumento a lo que padecieron mi hija y los otros niños. Tenía la sensación de que si la borraba de la faz de la tierra, la gente empezaría a olvidar. ¿Le ve algún sentido a lo que digo?

—Yo no tengo por qué verle el sentido. Sólo tienen que vérselo usted y su familia.

—Mi mujer no lo entiende. Nunca lo ha entendido. En su opinión, debería haberse eliminado todo rastro de John Grady. No necesita nada que le recuerde lo que le pasó a Louise. Lo lleva siempre dentro, todos los días de su vida.

Matheson pareció abstraerse por un momento, y en sus ojos vi reflejada la relación entre su mujer y él como la reposición de una película vieja y triste. En cierto modo era un milagro que hubiesen seguido juntos. Como policía y como investigador privado había visto cómo se desintegraban matrimonios bajo el peso del dolor. La gente habla de la pena compartida, pero a menudo la muerte de un niño no afecta por igual al padre y a la madre. Aunque se experimenta de forma simultánea, la aflicción es de una individualidad insidiosa. Las parejas se ahogan en ella, se hunden bajo su superficie incapaces de tenderse la mano y tocarse, sin poder buscar consuelo en el amor mutuo que sienten, o en su día sintieron. Resulta especialmente atroz para quienes pierden a un hijo único. El gran lazo entre ellos se rompe, y en algunos casos sencillamente se dejan arrastrar por la soledad y el aislamiento.

Esperé.

—¿Me permite preguntarle qué hizo usted con su casa después de lo que pasó allí? —quiso saber Matheson.

Sabía que esa pregunta llegaría.

—La vendí.

—¿Ha vuelto alguna vez?

—No.

—¿Sabe quién vive allí ahora?

—Una pareja joven. Tienen dos hijos.

—¿Saben que una mujer y una niña fueron asesinadas en esa casa?

—Supongo que sí.

—¿Cree que les causa algún malestar?

—No lo sé. Quizá piensan que lo que pasó allí una vez no puede volver a pasar nunca más.

—Pero eso sería una equivocación. La vida no se rige por normas tan simples.

—¿Eso piensa usted respecto a la casa Grady, señor Matheson?

Recorrió el sobre con las yemas de los dedos como buscando las facciones de la niña desconocida oculta debajo. Volví a pensar en nieve recién caída, y en cómo en otro tiempo creí ver los contornos de rostros bajo ella, como formas de cráneos bajo piel blanca. Eso ocurrió después, cuando dejé atrás el niño que un día fui y aquellos a quienes quería empezaron a desaparecer.

—Señor Parker, me ha preguntado dónde encontré la fotografía. La encontré en el buzón de la casa Grady. En un sobre roto. El sobre en algún momento estuvo cerrado y alguien lo abrió para hacerse con lo que había dentro. A juzgar por las marcas que tiene, sospecho que en un principio contenía más de una fotografía. La forma de la fotografía que usted ha visto no coincidía exactamente con las marcas que quedaron en el sobre. Por eso lo supe.

—¿Mira en el buzón muy a menudo?

—No, sólo de vez en cuando. Ya rara vez voy a la casa.

—¿Cuándo encontró la fotografía?

—Hace una semana.

—¿Y qué hizo?

—Se la llevé a la policía.

—¿Por qué?

—Era la fotografía de una niña, dejada en el buzón de una casa que antiguamente fue propiedad de un asesino de niños. Como mínimo hay alguien por ahí con un sentido del humor más bien morboso.

—¿Eso opina la policía?

—Me dijeron que ya verían qué podía hacerse. Yo quería que acudieran a los periódicos y la televisión, que difundieran la foto de la niña por todo el estado para averiguar quién es, y...

—¿Y prevenirla?

Tomó aire y cerró los ojos a la vez que asentía.

—Y prevenirla —repitió.

—¿Cree que esa niña está en peligro porque alguien dejó una foto suya en el buzón de Grady?

—Como he dicho, la persona que la dejó allí tiene cuando menos una mente trastornada. ¿Quién iba a querer relacionar a una niña con un lugar como ése?

Aparté el sobre y volví a mirar la fotografía de la niña.

—¿La fotografía era antigua, señor Matheson?

—No lo creo. A mí me pareció reciente.

—¿Y la fotografía era en blanco y negro o sólo lo es la copia que usted hizo?

—Exacto.

—¿Llevaba al dorso algún indicio de que se hubiera revelado en un laboratorio? Ya me entiendo: una señal de identificación, una marca.

—Era papel Kodak sólo sé eso.

Ese papel podía comprarse en cualquier tienda de fotografía del país. El autor de la foto seguramente la había revelado en su casa o garaje. Con el equipo adecuado era una tarea fácil. Así no existía el riesgo de que un empleado de laboratorio curioso se fijase en unas sospechosas imágenes de niños jugando y llamase a la policía para investigar al individuo que estaba detrás de la cámara.

La niña era ciertamente una preciosidad. Se la veía feliz y sana, y la intensidad con que se concentraba en la pelota a punto de llegar me arrancó una sonrisa.

—¿Qué quiere que haga, señor Matheson?

—Quiero que vea si es capaz de descubrir quién es esta niña. Quiero que hable con sus padres. Cuando los encuentre, yo lo acompañaré. Conviene que estén enterados de esto.

—No va a resultar fácil.

Matheson apoyó la palma de la mano derecha en el sobre con sumo cuidado, como si temiera que pudiera llevarse el viento, y con él toda esperanza de identificar a la niña.

—Por mi negocio, he tenido trato con japoneses —dijo—. En Japón no les gusta decir «no». Si no quieren hacer algo, dicen: «Eso no va a ser fácil». Si es imposible: «Eso no va a ser nada fácil». ¿Para usted qué es, señor Parker?

—No estamos en Japón, señor Matheson; nos encontramos en Maine. En comparación con nosotros, los japoneses no tienen ningún misterio. Sólo son inescrutables, pero nosotros somos testarudos. Aquí «no será fácil» sólo quiere decir que «no será fácil». Puede de que la policía ya la haya encontrado. ¿Ha hablado con ellos?

—No me dirán nada, salvo que el asunto se está investigando y no debo preocuparme. Según ellos, esto seguramente carece de mayor importancia.

Puede que tuvieran razón. Había quienes quizá se divirtieran o excitaran ante la idea de vincular la imagen de una niña al recuerdo de un infanticida, pero sus

posibilidades reales de causar daño eran casi con toda certeza muy limitadas. Y, sin embargo, alguien se había tomado la molestia de sacar como mínimo una instantánea a una chiquilla desprevenida, y si las sospechas de Matheson iban bien encaminadas, era probable que hubiese más fotos, quizá de esa misma niña, pero muy posiblemente también de otros pequeños.

—Me preguntaba también si usted podría vigilar la casa Grady por un tiempo, no sea que vuelva la persona que dejó esta foto.

Pasar el invierno en la casa Grady no parecía la mejor manera de cultivar el espíritu navideño. Procuré disimular mi reticencia, pero me costó. De hecho, si hubiese sido japonés, habría dicho que no era «nada fácil».

—¿Ha notado daños en la casa —pregunté—, algún indicio de que alguien haya intentado entrar?

—No, está cerrada a cal y canto. Yo tengo un juego de llaves y la policía de Two Mile tiene otro. Se lo di hace un par de años, cuando un chiflado trató de subir al tejado y prender fuego. No sé si ellos han entrado desde que les di la fotografía.

Toqué el retrato de la niña con las yemas de los dedos. Rocé el pelo de la imagen.

—La pregunta cae por su propio peso, pero... ¿ha visto rondar a alguien cerca de la casa? ¿Ha mostrado alguien excesivo interés por lo que pasó allí?

—Verá, tuvimos ciertos problemas con un tal Ray Czabo, pero el jefe de policía le advirtió claramente que no se acercara por allí. Dudo que haya vuelto desde entonces. ¿Lo conoce?

Matheson reparó por fuerza en mi atormentada expresión. Ray Czabo, alias «Vudú», era un entusiasta del turismo morboso en Maine, un buscador de escenarios de crímenes. Se complacía en tomar fotografías de sitios donde había muerto alguien. Cuando la policía daba por concluido su trabajo, a veces él se llevaba «recuerdos» del lugar e intentaba venderlos por Internet. Ray Czabo y yo habíamos tenido cierto roce en el pasado. Él había acudido a la casa de Brooklyn donde habían muerto asesinadas mi mujer y mi hija, y había robado de la parte exterior de la puerta el bloque de madera labrada en el que constaba el número de la vivienda.

No obstante, lo recuperaré.

Desde entonces Ray me había eludido, pese a que ahora vivía en Bangor, en una casita a un paso de la salida 48 de la autopista de Maine, cerca del Husson College.

—Sí —respondí—, conozco a Ray Czabo.

La casa Grady atraería a un individuo como Ray. Estaba casi seguro de que la había visitado en más de una ocasión. Debía de haberle indignado que le negaran acceso a sus secretos.

—¿Ha sido Ray el único?

Matheson me escondía algo. Yo no acababa de entender por qué. Tal vez quería asegurarse de que aceptaría el caso antes de decírmelo, pero yo había aprendido a fuerza de golpes a no precipitarme. Ahora prefería saber en qué me metía antes de que me cayera todo encima.

—Hace unos días apareció otro hombre. Vino a la fábrica. Como usted comprenderá, señor Parker, muy pocas personas saben que soy el propietario de la casa Grady. Oficialmente está a nombre de una empresa fantasma, y ésta comparte sede con un bufete de Augusta muy aficionado a pleitear. Ni siquiera son mis abogados. Contacté con ellos por medio de terceros. Así y todo, ese hombre llegó a mi oficina y le dijo a mi secretaria que estaba interesado en hacer un pedido importante. Como parecía saber de qué hablaba, la secretaria me avisó. En ese momento yo estaba en la planta de montaje y volví a la oficina para recibirlo.

» Lo primero que me chocó fue que no había venido a comprar nada de mi empresa. Vestía un abrigo raído y un pantalón lleno de manchas y tenía la suela del zapato izquierdo medio desprendida. No sabía decir cuánto hacía que no se lavaba la camisa como es debido, y llevaba la corbata de un muerto. No me malinterprete: en el negocio que llevo veo a mucha gente que trabaja con las manos, y a mí no me asusta ensuciarme la piel o la ropa. Pero ésa es una clase de suciedad..., no sé..., honrada, conseguida con esfuerzo, no algo de lo que un hombre deba avergonzarse. El tipo ese, en cambio, sencillamente iba mugriento. Estuve a punto de echarlo del despacho sin darle ocasión de abrir la boca. Quizá debería haberlo hecho.

—¿Cómo era físicamente?

—Alto. Más alto que usted. Con el pelo negro y largo que le caía sobre el cuello de la camisa. Tenía unas entradas muy pronunciadas en el nacimiento del pelo y hacía días que no se afeitaba. Estaba muy pálido. El color de los ojos no lo recuerdo, si es ése el tipo de detalle que necesita saber. Vi que tenía las uñas y las puntas de los dedos amarillentas. Supongo que era fumador, pero no encendió un solo cigarrillo en mi presencia.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No. Yo me presenté, le di la mano..., aunque casi me arrepentí de hacerlo..., pero él no me dejó su tarjeta ni mencionó su nombre. Sólo me reveló que venía por un asunto delicado.

—Según creo, es usted propietario de la casa Grady —me dijo.

—No sé de qué me habla —le contesté.

—Me parece que sí lo sabe. Sobre esa casa hay una deuda pendiente. Pronto surgirá la oportunidad de saldarla —replicó.

—Ya se lo he dicho: creo que me confunde con otro —insistí.

» Intenté convencerlo, pero él sencillamente se negó a escuchar. Sabía que la casa Grady era de mi propiedad. Ignoro cómo se enteró, pero lo sabía. Cuando

consulté a los abogados, me dijeron que no habían recibido ninguna solicitud de información formal sobre la casa desde hacía años, excepto un par de cazanoticias de la prensa que llamaron por teléfono en el aniversario de la muerte de Grady. Y de pronto ese fulano empieza a enumerar los detalles de la compra: el precio, la fecha en que se firmó la escritura definitiva, e incluso el nombre del director del banco en aquel entonces. Me quedé de una pieza, tanto que por un momento ni siquiera pude articular palabra. Luego me puse furioso. ¿Con qué derecho se presentaba ese individuo en mi despacho y me exigía el pago de una deuda que, para colmo, no tenía nada que ver conmigo? De buena gana habría saltado por encima del escritorio, lo habría agarrado del cuello y lo habría sacado a rastras del despacho... No sé ni cómo me contuve.

—¿Por qué no lo hizo? —preguté.

Matheson aún parecía muy capaz de apañárselas bien en una situación así.

—No soy de éstos... —respondió, pero quedó flotando en el aire un «y además» no expresado. Esperé. Por fin añadió—: El tipo no parecía gran cosa: flaco, sucio, enfermizo, pero me dio la impresión de que era más fuerte de lo que aparentaba. Sospecho que si hubiese intentado ponerle una mano encima, me habría hecho daño. No mucho, quizá, pero me habría humillado, y con regodeo. Transmitía cierta malevolencia, ¿me explico? Puede que todo esto le parezca un poco absurdo, pero, en cuanto se me pasó la furia, empecé a preocuparme. A asustarme, incluso.

Le contesté que no me parecía absurdo ni mucho menos, que había conocido a hombres así. Querían que te rebajaran al nivel de ellos y, en cuanto caías en eso, intentaban acabar contigo. Si aceptabas el reto, tenías que estar dispuesto a padecer dolor, y a infligirlo con creces.

Matheson prosiguió:

—Le dije, pues, que incluso si todo eso era verdad, debía ponerse en contacto con el Farmers' Mutual Bank y preguntar allí. Las deudas de John Grady con él no eran asunto mío. Por lo visto, no estaba de acuerdo.

—Soy un recaudador, señor Matheson —volvió a decir—. Cobro deudas, pero además soy coleccionista y, como tal, también me interesan ciertos objetos. En lugar de la deuda que dejó impagada el anterior propietario, aceptaré algún pequeño objeto, parte del mobiliario de la casa. Apenas cubriré gastos, pero en este caso me conformaré con un simple gesto. La casa contiene varios espejos decorativos. Si me da uno de ellos, lo consideraré a usted descargado de toda responsabilidad en el asunto.

—Habla exactamente así —recordó Matheson—. Como un puñetero abogado. En fin, para entonces ya estaba hasta la coronilla de él y le dije que se largara en el acto de mi despacho o llamaría a la policía. Si tenía alguna otra pregunta, podía plantársela a mis representantes legales, o a Farmers' Mutual, pero yo no quería verlo más.

—¿Y él qué dijo?

—No se movió. Sencillamente se miró las uñas durante un rato antes de levantarse, dijo que lamentaba que ése fuera mi punto de vista y que abordaría el asunto por « otros cauces» . Luego se marchó.

—¿Llegó a ver su coche?

—No había coche alguno. Se fue a pie.

—¿Y no le dejó un número de contacto, el nombre siquiera?

—Nada. Sólo me dijo que era recaudador y coleccionista.

—¿Ha hablado de esto con la policía?

—Se lo conté a Grass, el jefe de Two Mile, pero me contestó que probablemente habían quedado muchas deudas por pagar cuando John Grady murió. Anotó la descripción que le di, pero insistió en que él poco podía hacer a menos que ese recaudador volviese o emplease amenazas.

—¿Tuvo la impresión de que lo amenazaba en su despacho? Hablé de recurrir a « otros cauces» para el cobro.

—Supongo que podría considerarse una amenaza. Yo no lo interpreté así.

—¿Y no llegó a mencionar cuál era la deuda, o en representación de quién actuaba?

—No.

—¿Cree que podría ser ese hombre quien dejó la fotografía en el buzón?

—Es posible, pero no veo qué razón podría tener. Desde luego no hizo la menor alusión a ninguna fotografía.

Matheson me preguntó si quería otro café. Dije que sí, aunque sólo fuera con idea de ganar tiempo para pensar. Su relato sobre ese coleccionista me inquietaba, y no me apetecía especialmente quedarme sentado en un coche vigilando una casa vieja noche tras noche, aguardando a que apareciera un maleante vestido con ropa vieja que se excitaba dejando fotos de niños en el buzón de un infanticida muerto; pero algo en la imagen de la niña me atraía. Al menos tenía eso en común con Matheson: los dos habíamos perdido a una hija, y ni él ni yo estábamos dispuestos a quedarnos de brazos cruzados si otro niño se hallaba potencialmente en peligro. Volviendo la vista atrás, imagino que supe que aceptaría el caso tan pronto como me enseñó la foto de la niña con el bate en las manos.

Cuando regresó, le informé de mis honorarios. Me ofreció el pago por adelantado, pero le expliqué que mandaría la factura al final de la primera semana. Si después de dos semanas no había ningún avance, lo pondría en manos de la policía. Matheson accedió y se dispuso a marcharse. Me dejó la fotografía de la niña desconocida.

—Hice muchas copias —aclaró—. Si usted se hubiese negado, la habría colgado en tiendas, postes de telégrafos..., en cualquier sitio visible.

—¿Cuántas copias hizo? —pregunté.

—Dos mil —respondió—. Las llevo en el maletero del coche. ¿Quiere unas cuantas?

Me quedé con cien y le dejé el resto.

Albergaba la esperanza de que no llegásemos a tener motivos para usarlas.

Cuando regresé a casa, ésta estaba a oscuras y en silencio. Rachel asistía a una reunión de Amigos de la Biblioteca Pública de Scarborough, y yo no la esperaba hasta más tarde. Me quedé en la puerta por un momento y contemplé las marismas. El gran éxodo migratorio casi había terminado, y ahora, durante la mayor parte del día, no había prácticamente nada que alterase la quietud en la vegetación. Como consecuencia, los sonidos de los pájaros que se quedaban entre nosotros se distinguían con mayor nitidez que antes, y en los últimos días me había parecido oír el canto de zanates, tordos y luganos. Me pregunté si acaso no se advertía ahora en sus trinos cierto alivio, fruto de la percepción de que la población de aves rapaces había menguado, y a que inevitablemente parte de los halcones y los aguiluchos se habían marchado hacia el sur en pos de sus presas. Aunque, por otro lado, los depredadores que se habían quedado tendrían que disputarse en adelante una provisión de alimento menor. Cuando llegaran las nieves, el hambre empezaría a acuciarlos.

El traslado aquí, tras la venta de la vieja casa de mi abuelo, a escasos kilómetros de distancia, fue un cambio para bien, empañado únicamente por cierto episodio ocurrido unos meses antes ese mismo año, que se saldó con la muerte de un hombre que se ahogó en las marismas. A Rachel no le gustaba hablar de eso, y yo no insistía. Quería con toda mi alma que los dos halláramos la felicidad en esta casa. Quizá, después de todo lo sucedido, ansiaba demasiado esa felicidad.

Cuando abrí la puerta, *Walter*, nuestro labrador retriever, salió con aire de culpabilidad de mi pequeño despacho, donde casi con toda certeza había estado durmiendo, hecho un ovillo en el sofá, hasta hacía sólo un momento; sin otra intención que despistar, vino a bañarme en babas de perro. Por un instante me planteé soltarle un grito por dejar pelo en mi lugar de descanso preferido, pero, por su postura un tanto avergonzada, deduje que él ya sabía que no debía subirse allí. Además, para ser francos, los dos éramos muy conscientes de que si no hubiese estado sumido en su sueño de perro, habría tenido la inteligencia de marcharse como una exhalación a su canasta antes de que yo consiguiese siquiera meter la llave en la cerradura. Me contenté, pues, con dejarlo salir al jardín y cerrarle la puerta mientras me preparaba un sándwich de fiambre.

Puse *A History of Sport Fishing*, el álbum de los *Thee More Shallows* que había comprado, en el reproductor de cedés de la cocina y me senté a la mesa

para cenar, hasta que, rindiéndome a los quejumbrosos arañazos de *Walter* en el cristal, salí a comer al porche. *Walter* me tenía calado. Sabía que mis enfados no duraban mucho. Pronto sería él quien me lanzase un palo y yo quien fuese corriendo a buscarlo. Le di una cuarta parte de mi sándwich, pese a que recordaba un artículo sobre adiestramiento canino que me leyó Rachel donde se explicaba que uno no debía dar de comer al perro los restos de la mesa ni permitirle que se te echara encima y te lamiera, porque entonces él se creía el macho alfa.

« *Walter* no se cree el macho alfa », protesté en su momento, pero la verdad es que sin gran convicción, ahora que me paraba a pensarlo. Acto seguido me volví hacia *Walter* en busca de su confirmación, lo que, bien mirado, quizá no era la manera más inteligente de reivindicar mi superioridad. *Walter*, al oír su nombre, paseó la mirada de uno a otro, como si pretendiera averiguar quién claudicaría antes y le entregaría un juego de llaves y la escritura de la casa.

« ¡Ajá! », fue la respuesta de Rachel. Tiene una manera de decir « ¡Ajá! » que en gran medida zanja toda posible disconformidad: parece una pitón escéptica a la que le dicen que escupa el conejo y lo deje seguir tranquilamente por su camino.

A continuación, Rachel se dio unas palmadas en el bombo y dijo:

« Espero que estés escuchando esto. Ese que habla es tu papá. Se cree el macho alfa, pero te bastará con que le hagas una caída de ojos y te comprará un coche » .

« A ti no te compré un coche, y me hacías caídas de ojos a todas horas », aduje.

« Yo no quería un coche », respondió. « Ya tengo un coche » .

« ¿Y entonces para qué eran esas caídas de ojos? » .

« Porque quería otra cosa » .

« ¿Qué? » .

« Te quería a ti » .

Me detuve a pensar por un momento.

« ¿Sabes? », dije. « Eso sería enternecedor si no tuviese algo de siniestro » .

« Sí », coincidió. « Lo sería, ¿verdad? » .

Eché una ojeada al reloj. Rachel no tardaría en llegar. La casa siempre se me antojaba muy vacía cuando ella no estaba. De fondo, un tema del álbum se apagaba poco a poco, mientras el cantante repetía una y otra vez algo así como que las personas a quienes decidimos abandonar son aquellas a quienes vemos continuamente, continuamente. Di a *Walter* el último trozo de sándwich.

—Que Rachel no se entere —le dije—. Por favor.

La casa Grady estaba en silencio. Una brisa agitaba los árboles y alteraba la paz de las hojas secas bajo las que descansaba la carriza muerta. Matheson se detuvo al pie de la escalera que ascendía al porche e iluminó la casa con la linterna. Comprobó las cerraduras de las puertas y los tablones que cubrían las ventanas. Llevaba al cinto una SIG Compact en una cartuchera. Había empezado a llevarla consigo poco después de presentarse en su oficina aquel hombre, a quien ahora en su cabeza llamaba el Coleccionista, para exigir el pago de una antigua deuda.

Oyó el sonido de unos pasos aproximándose, pero no se volvió. El haz de una segunda linterna se sumó al de la suya.

—¿Todo en orden? —preguntó el policía. Había visto estacionar a Matheson ante la casa Grady y se había ofrecido a acompañarlo por aquel camino oscuro. Matheson se lo había agradecido.

—Creo que sí —contestó Matheson.

—Empieza a apretar el frío.

—Sí. Va a nevar.

—Así será más fácil ver si alguien viene a merodear por aquí.

Matheson asintió y se dio la vuelta con intención de marcharse. El agente lo siguió, pero de pronto se detuvo. Dirigió la linterna hacia el bosque.

—¿Qué pasa? —preguntó Matheson.

—No lo sé.

Avanzó lentamente, desenfundando ya la pistola. Matheson añadió su propia luz a la del agente y juntos escrutaron los árboles. De repente se oyó movimiento entre la maleza, y una silueta gris con el pelaje rojo en la parte inferior atravesó a gran velocidad la vegetación hasta desaparecer entre las sombras.

Los dos dejaron escapar un largo suspiro de alivio.

—Un zorro —dijo el policía—. Estas cosas no les sientan nada bien a mis nervios.

Enfundó el arma y se encaminó de nuevo hacia el coche. Matheson mantuvo la mirada fija en el bosque un momento y luego lo siguió. Se despidieron y ambos vehículos se alejaron de allí.

Durante un rato reinó el silencio, hasta que la silueta de un hombre salió de entre unos pinos en la parte más oscura del bosque y se acercó a la casa Grady. Paró brevemente en el lindero mismo de la arboleda y enseguida empezó a circundar el edificio, sin abandonar ni un instante el amparo del bosque, como si pisar la tierra más allá de esa línea entrañase algún peligro. Trazó un círculo completo en torno a la propiedad, y luego otro, en esta ocasión más despacio; parecía buscar algo. Al final se detuvo ante la fachada oriental de la casa. Se arrodilló y, valiéndose de una navaja de bolsillo, comenzó a escarbar bajo un pequeño mojón de piedras casi oculto por la hierba en el límite del jardín. Después de excavar a una profundidad de unos quince centímetros, asomó entre

la tierra un pálido tótem: el cráneo de un perro. Tenía símbolos y letras grabados en el hueso.

El hombre se sentó en cuclillas, pero no tocó el cráneo. Medio reprimió un silbido de ira y repulsión. Con cuidado, evitando entrar en contacto con los restos del perro, volvió a cubrirlos de tierra. Luego plegó la navaja y se la guardó en el bolsillo. El Coleccionista había contado, en total, ocho mojonos como ése, cada uno de los cuales representaba un punto en la brújula.

Tal como él sospechaba, la casa era inaccesible.

Se adentró nuevamente en el bosque y desapareció.

Esa noche, más tarde, observé a Rachel desde nuestra cama mientras se desnudaba a la luz de la luna. Se retiró de los hombros los tirantes de la combinación y la dejó caer al suelo; se miró en el espejo, volviéndose primero a un lado y después al otro. El claro de luna acarició su abultado vientre y proyectó sobre la pared la sombra de sus pechos.

—Estoy enorme —dijo.

—Enorme es poco.

Agaché la cabeza justo a tiempo de esquivar un zapatazo.

—Parezo una ballena.

—Las ballenas son adorables. Todo el mundo adora las ballenas, menos los japoneses y los noruegos, y yo no soy ni lo uno ni lo otro. Ven a la cama.

Acabó de desvestirse y se metió bajo las mantas. No sin dificultad, se colocó de costado para mirarme.

—¿Has visto al cliente?

—Sí.

—¿Has aceptado el trabajo?

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—Esta noche no. No es nada malo, así que no empieces a preocuparte. Puede esperar hasta mañana.

Rachel sonrió.

—¿Y entonces qué hacemos ahora? —dijo. Se inclinó y me rozó los labios con los suyos. Con toda delicadeza, le devolví el beso—. No hay problema —añadió—. No puedo quedarme embarazada.

—Muy graciosa.

—Incluso te dejaré ser el macho alfa.

—Soy el macho alfa.

Poco a poco, deslizó la mano por mi pecho hasta el abdomen.

—Claro que sí, cariño —susurró—. Claro que sí...

La localidad de Two Mile Lake se hallaba en medio de una zona de tierra yerma, a cinco kilómetros al nordeste de los pueblos de Bingham y Moscow. Allí el río Kennebec alimenta con sus aguas el lago Wyman antes de seguir su curso hacia la costa, ensanchado por innumerables arroyos y afluentes. Todo eso forma parte de la Hacienda Bingham, que debe su nombre a un latifundista de Filadelfia, William Bingham, que a finales del siglo XVIII tenía en propiedad una porción del estado tan extensa que legó a sus herederos una superficie equivalente a la mitad de Massachusetts. Incluso había una presa en el Kennebec que llevaba su nombre, cosa que lo situaba en la categoría del presidente Herbert Hoover.

Al norte de Two Mile Lake, cerca de la confluencia de los ríos Kennebec y Dead, se encontraba The Forks, uno de esos extraños lugares de Maine donde pasado y presente parecían haber alcanzado un precario acuerdo. En rigor, The Forks era aún una «colonia» —lo que en Maine viene a ser un municipio no organizado como tal—, y antiguamente, allá por el siglo XIX, fue el núcleo principal de una zona de veraneo. En la actualidad acudían allí los aficionados al *rafting*, atraídos por los efectos de la central hidroeléctrica Harris en la corriente del río. Nuevos hostales y tiendas hacían compañía ahora al viejo hotel Marshall, con su letrero de neón anunciando CÔCTELES, y a los animales disecados de la tienda de abastos Berry. Desde The Forks, la carretera federal 201 subía en dirección norte hacia Canadá, paralela al sendero Arnold Trail, y se adentraba en esa inhóspita naturaleza igual que hiciera en las postrimerías del siglo XVIII el mismísimo coronel Benedict Arnold en su expedición a Quebec, donde el único poblado de tamaño decente en el camino era Jackman.

Two Mile Lake debía de haber envidiado la relativa prosperidad de que disfrutaban sus vecinos del norte. No estaba del todo claro cómo había acabado llamándose Two Mile Lake, «el Lago de las Dos Millas», ya que la masa de agua más cercana digna de ese nombre era el lago Wyman, que se hallaba francamente lejos. Two Mile contaba con una especie de estanque en el límite norte del pueblo, y si uno era muy insensato, podía arriesgarse a nadar en sus aguas o comer algo que procediera de él, pero el estanque no superaba los setenta metros en su parte más ancha. Así pues, la única conclusión a la que podía llegarse sobre el topónimo era que si viajabas hacia el norte desde allí, al final, recorridas dos millas, regresabas al sur, porque en los alrededores no había nada que ver. En esencia, Two Mile Lake estaba a dos millas de ninguna parte.

Seguí por la Estatal 16, cruzando Kingsbury y Mayfield Corner, y luego tomé

la carretera de Dead Water hasta llegar al término municipal. Mantuve una velocidad constante y enseguida me hallé en el extremo norte del pueblo. Por el camino pasé ante dos o tres tiendas, un colegio, un par de iglesias, una comisaría y los restos de un perro muerto. No sabía decir de qué había muerto el perro, pero el aburrimiento era sin duda una posibilidad.

Aparqué al lado del edificio gris de la comisaría y entré. Por lo visto, la policía local compartía aquel espacio con el ayuntamiento, un coche de bomberos, un camión de recogida de basuras y lo que parecía una tienda de artículos de beneficencia, con un lúgubre despliegue de trajes para ancianos y vestidos de fiesta para ancianas en el escaparate. En el pequeño despacho situado nada más entrar di mi nombre a la senil secretaria, quien, por edad, bien podía ser que recordase a William Bingham con su calzón de época. A continuación volví a darle el nombre, ya que, a saber cómo, había conseguido olvidarlo en algún punto entre el momento de oírlo y el de encontrar un bolígrafo con que anotarlo. Detrás de ella, una mujer obesa con el pelo negro y crespo tecleaba lentamente en un ordenador y, por su expresión, cabía pensar que alguien la había obligado, so pena de muerte, a chupar repetidamente un limón muy ácido. Parecía una de esas mujeres que consideran su sagrada obligación ser desdichadas y dan por hecho que cualquier persona con una sonrisa en el rostro vive en un lodazal de vicios inimaginables. Sonreí y procuré transmitir la impresión de que yo participaba única y exclusivamente en vicios imaginables. En respuesta, la secretaria me mandó a una incómoda silla de plástico. Cuando me senté, la silla se ladeó a la izquierda, con lo que tuve que desplazar el peso del cuerpo a la derecha, o corría el riesgo de caerme y salir rodando hasta la calle.

Transcurridos unos minutos apareció un hombre en la puerta situada a mi izquierda. Vestía de uniforme: camisa y pantalón marrones bien planchados. Según la placa identificativa del pecho, se llamaba Grass. Con ese apellido, Grass, «Hierba», los fumetas del pueblo debían de partirse de risa, al menos hasta que Grass se acercara a ellos y llevara las cosas a un plano personal. Era un cincuentón corpulento y aún parecía en buena forma. No tenía barriga, y cuando me estrechó la mano, oí crujir uno de mis nudillos. El bigote y el pelo canosos resultaban aún más llamativos por el contraste con su tez morenísima. Debería haberse quitado el bigote, pensé: sin él, y con gorra, habría aparentado diez años menos.

—Soy Wayne Grass —dijo—. El jefe de policía.

—Charlie Parker —me presenté—. Encantado de conocerlo.

Seguí a Grass a su despacho. Dentro reinaba el orden, y unas macetas con flores adornaban el alféizar de la ventana. En el escritorio había un retrato de una mujer con dos niños. La mujer era preciosa y parecía mucho más joven que Grass. Los niños, chico y chica, rondaban los trece, catorce años.

—Mi familia —aclaró, tras advertir lo que yo estaba mirando.

—¿Es una foto reciente?

—De hace un año. ¿Por qué?

—Por nada —respondí.

—Mi mujer es un poco más joven que yo, si está pensando en eso.

—Buen trabajo —dije.

Grass sonrió y se ruborizó. Me ofreció un café. Lo rehusé, y él se acomodó en su butaca.

—Y bien, señor Parker, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me ha contratado un hombre que se llama Frank Matheson. Está preocupado por una fotografía que encontró en el buzón de una casa de su propiedad. Es la fotografía de una niña, y la casa es la antigua casa Grady.

Esperé y vi cómo se diluía la sonrisa en la cara de Grass.

—Decepcionante —comentó por fin.

—¿Qué es lo que le parece tan decepcionante?

—Le dije a Frank Matheson que me ocuparía del asunto, y lo haré, pero no voy a consentir que vaya y dé un susto de muerte a una niña pequeña y a sus padres, y que de paso quizá desencadene el pánico entre más gente, y todo porque encontró una foto en un buzón.

—¿Piensa que es eso lo que Matheson se propone?

—No sé qué se propone, pero ése sería el resultado. En una situación así conviene andarse con pies de plomo. Haremos circular la foto y veremos qué sale de eso. Por Dios, si a lo mejor ni siquiera se ha hecho en este estado. La fotografía podría haber llegado de cualquier sitio. Pero si Frank Matheson u otro acude a la prensa y la televisión y empieza a contar que la foto de esa niña fue colocada en el buzón de un infanticida muerto, ¿qué cree que pasará?

—Que tal vez encuentren a la niña.

—O que nos acusen de provocar un estado de pánico sin motivo, de reaccionar desproporcionadamente ante lo que casi con toda seguridad no es más que una broma de mal gusto. Y acto seguido tengo aquí a la prensa mostrando imágenes de la casa Grady, y luego empiezan a llegar bichos raros. Y a lo mejor todo ese revuelo sirve de inspiración a alguien, y entonces sí tendremos a un niño en peligro de verdad. Como le he dicho, distribuiremos la fotografía entre las fuerzas del orden a nivel local y estatal, y luego entre los consejos escolares. Si localizamos a esa niña, llevaremos a los padres aparte discretamente y les contaremos lo que sabemos, que es nada de nada.

En cierto modo me constaba que Grass tenía razón. El asunto debía manejarse con sutileza, y era absurdo asustar a una niña y su familia por algo que quizá fuera intrascendente. No obstante, advertí que Grass abordaba la cuestión desde una perspectiva y Matheson desde otra: Grass creía que probablemente la niña no estaba en peligro, porque no había ninguna prueba que indicara lo contrario; en cambio Matheson, espoleado (o acaso atormentado) por

su propia experiencia, intuía que la seguridad de esa niña peligraba. Yo me hallaba en un punto medio, deseando dar crédito a Grass pero persuadido en parte por los temores de Matheson.

—¿Se encontró alguna huella en el sobre?

—No, aparte de las de Matheson, y él no es sospechoso de meter un sobre en su propio buzón y luego traérselo.

Coincidió en que eso era poco probable, más que nada en un esfuerzo para diluir lo que percibía como una creciente tensión entre nosotros. A los policías de pueblo no les gusta que los demás pongan en tela de juicio sus decisiones. Tampoco a los policías de grandes ciudades les gusta mucho, a decir verdad, pero en general éstos tienen menos desarrollado el sentido de defensa del territorio.

—¿Se ha acercado por la casa Grady recientemente? —pregunté a Grass.

—Vamos por allí a echar un vistazo con bastante regularidad. La casa está tapiada. Fui cuando Frank Matheson encontró la fotografía. No se veía nada fuera de lo normal.

—Cuando dice « vamos » , ¿a quiénes...?

—En total somos cuatro agentes, yo incluido: tres hombres, una mujer. Son buena gente.

—Así pues, ¿acude periódicamente uno de ellos para abrir la casa?

—Bueno, de vez en cuando. Pero de eso me ocupo yo principalmente. Así es más fácil. No he de preocuparme de si se pierden las llaves o si a alguien le entra miedo.

—¿Miedo?

—Ya sabe lo que pasó en esa casa. No es un sitio como para ir de visita, a menos que sea por obligación. Da cierto repelús y siempre será así. Además, huele mal. Por algo que Grady usaba junto con la pintura y la cola. Parece que va a peor con el tiempo. Después de veinte años, yo me he acostumbrado. A mí ya no me afecta mucho. Pero alguien nuevo, alguien nuevo... —Bajó la voz gradualmente.

Nos quedamos allí sentados, en silencio, hasta que decidí levantarme y darle las gracias por su tiempo.

—Como he dicho, ha sido un placer conocerle —dijo—, pero no sé qué más puede hacer usted por el señor Matheson.

—Yo tampoco estoy muy seguro —respondí—. Creo que me limitaré a indagar un poco. Si descubro algo, le tendré informado. Y si no tiene inconveniente, le agradecería que hiciera usted lo mismo.

Le entregué una tarjeta. Se la guardó con cuidado en el billetero y a cambio me dio una suya, extraída de un pequeño dispensador que tenía en el escritorio.

—¿Irá a echar una ojeada a la casa Grady aprovechando la visita al pueblo? —preguntó.

—Me parece que sí, y a que he venido hasta aquí.

—¿Quiere que lo acompañe?

—Ya me las arreglaré, creo.

Asintió para sí, como un hombre plenamente convencido de la conclusión a la que ha llegado.

—Éste es el punto en la conversación en que me dice, supongo, que no se asusta usted con facilidad —comentó.

—Asustarse no es el problema —contesté—. Lo complicado es no salir corriendo.

La casa Grady seguía poco más o menos como la recordaba de las crónicas de la época: ahora algo más cubierta de hiedra, quizá, con las ventanas tapiadas y sendas puertas de acero cerradas con candado en la parte delantera y trasera de la casa para impedir el acceso al interior, pero éstos eran cambios relativamente superficiales. La casa Grady ya era fea cuando se construyó, y su propio aspecto no parecía augurar nada bueno, pero me constaba que esa impresión era fruto básicamente de lo que conocía de su historia pasada. Circundé la casa examinando las ventanas y las puertas por si presentaban algún indicio de haber sido manipuladas; luego regresé al buzón y le eché un vistazo. Estaba vacío, salvo por unos cuantos insectos muertos y una octavilla descolorida en la que se ofrecían refrescos y patatas fritas gratis con la entrega de cada pizza.

Volví a acercarme a la casa y saqué un juego de llaves del bolsillo. Me las había facilitado Frank Matheson cuando acepté el trabajo. Abrí el candado de la puerta de acero exterior y tiré de ella. Detrás estaba la puerta original, con una vidriera de colores en forma de abanico en el tercio superior, que cedió fácilmente al primer contacto. Dentro, una capa de polvo cubría la entrada y las telarañas envolvían la araña de luces colgada en el centro del techo. No había bombillas en los portalámparas. A mi derecha, vi mi imagen en el espejo de un maltrecho perchero, el único mueble de la entrada. Unas pisadas habían alterado el polvo en fecha reciente. Supuse que eran huellas de Grass o Matheson dejadas en alguna visita para inspeccionar la casa.

A mi izquierda tenía lo que en otro tiempo debió de ser una sala recibidor. Aunque no conservaba ningún mueble, sí permanecía intacta la chimenea de mármol ornamental adosada a la pared del fondo. Allí había otro espejo, pero el reflejo quedaba un tanto ladeado. Me acerqué y vi que estaba inclinado hacia la ventana tapiada. Un trozo de cadena nueva y reluciente ascendía desde el envés del espejo hasta un clavo viejo hundido en el yeso. Tal vez la cadena original se había roto y alguien había considerado oportuno volver a colgar el espejo. Me pareció una idea un tanto chocante.

Una puerta corredera de dos hojas daba acceso a lo que en su día fue con toda seguridad el comedor, también desamueblado salvo por una chimenea

idéntica a la de la sala precedente y otro espejo, éste inclinado hacia el suelo y provisto igualmente de una cadena nueva. Asimismo había espejos, como descubrí, al otro lado del vano de la cocina, orientado hacia el pasillo; en la propia cocina; en el primer y segundo rellano de los pisos superiores; y en cada dormitorio. Había espejos en las paredes de las otras plantas, en el cuarto de baño, e incluso en el desván, como pude comprobar cuando subí por una inestable escalerilla para echar un vistazo. En su mayoría eran viejos, pero algunos parecían añadidos en fecha reciente, no afectados aún por el deterioro del azogue.

Volví a bajar y examiné la cocina y el cuarto de baño de la planta baja. En la cocina, el fregadero tenía manchas y apestaba a agua estancada y materia putrefacta acumulada en las cañerías. En contraste, la pila del cuarto de baño estaba relativamente limpia. Nadie se apresuraría a beber en ella, pero en comparación con el fregadero era un dechado de higiene. Alguien la había limpiado en los últimos meses, o como mínimo había dejado correr el agua del grifo. Quizás alguien lo había usado para lavarse después de examinar la casa, porque yo mismo tenía ya las manos negras de polvo y suciedad.

En apariencia, la única puerta cerrada con llave en toda la casa era la del sótano, donde John Grady se había atrincherado antes de pegarse un tiro. Probé en la cerradura todas las llaves, pero fue en vano; luego tomé nota mentalmente para preguntar a Frank Matheson al respecto cuando volviéramos a hablar. En la puerta del sótano colgaba un espejo de cuerpo entero. Observé mi reflejo. Empezaban a notárseme las canas, pensé. Para mí, la vejez sería un suave declive.

Al darme la vuelta, sentí un ligero mareo. Había percibido cierto olor químico en el aire al entrar en la casa, pero ahora, súbitamente, parecía más intenso. Ese sería mal sitio para quedarse dentro mucho tiempo, pensé. Con las ventanas tapiadas y las puertas atrancadas, nunca corría aire fresco para disipar los miasmas que flotaban en el interior. Después de sólo quince minutos empecé a notar los primeros síntomas de una jaqueca.

Me disponía a salir cuando me alertó un ruido procedente de la parte delantera de la casa. Había un hombre en el umbral de la puerta de entrada, con la mano apoyada en la pistola que llevaba al cinto. Deslumbrado por el sol vespertino, tardé un momento en distinguir su uniforme marrón. Rondaba los cuarenta años y cuidaba poco su físico. Le descollaba el vientre por encima del cinturón y tenía manchas de sudor en las axilas.

—¿Quién es usted?—preguntó.

Levanté las manos instintivamente.

—Me llamo Charlie Parker. Me ha contratado Frank Matheson, el dueño de la casa, para que investigue cierto asunto. Hoy mismo he hablado con el jefe de policía, Grass. Él se lo confirmará.

—Muy bien, pero ahora quiero que salga de aquí.

Retrocediendo, se alejó de mí con la mano aún en la empuñadura de la pistola.

—¿Tiene algún documento que lo identifique?

Con las manos todavía en alto, asentí mientras avanzaba poco a poco hacia él.

—En el bolsillo de la chaqueta, el exterior izquierdo.

Siempre llevaba ahí el billetero, aun a riesgo de que me robara un carterista. Así no corría el peligro de que un poli o un guardia de seguridad crispado se crispara más todavía al verme deslizar la mano bajo la chaqueta. Llegué a la puerta, salí al porche y bajé los tres peldaños hasta el jardín.

—Saque su documentación —ordenó el policía—. Despacio.

Aún no había desenfundado su arma.

Extraje el billetero, busqué la licencia de investigador privado y le permití echarle una buena ojeada. Cuando quedó satisfecho, apartó la mano de la pistola por primera vez. Se presentó como Ed O'Donnell, uno de los agentes a tiempo parcial de Two Mile Lake.

—El jefe ya me ha avisado de que había pasado usted por allí para hacer unas preguntas —dijo—. Pero no me esperaba encontrarlo en la casa tan pronto. Por otra parte, al hablar con él, he tenido la impresión de que prefería que no se quedara usted mucho tiempo husmeando aquí dentro.

—¿Y eso por qué?

—Sospecho que él desearía que esta casa desapareciese. Es un recuerdo del pasado.

—¿Usted entra muy a menudo?

—No, qué va. Pero anoche coincidí aquí con Frank Matheson. Veníamos los dos a inspeccionar la casa. Ahora, al pasar por la carretera, me he fijado en su coche, aparcado un poco más abajo. ¿Ya ha visto todo lo que quería ver?

—Prácticamente —respondí—. Aunque la puerta del sótano está cerrada. ¿No sabrá usted algo sobre eso por casualidad?

—No, excepto que fue ahí donde encontraron el cadáver de Grady. El otro niño que raptó, Denny Maguire, también estaba ahí abajo. Al menos a él, Grady no llegó a matarlo, algo es algo. Fue el jefe Grass quien lo sacó de la casa, envuelto en su chaqueta. Por entonces era agente de la policía del estado. Un fotógrafo tomó una instantánea de los dos al salir. Por aquí es una foto famosa. Desde entonces el jefe siempre ha tenido vigilado este sitio. Para él, después de lo que vio, es una cuestión personal.

—¿Sabe qué fue de ese otro niño, Maguire?

—¿Denny? Sí, claro. Trabaja en un bar de Moscow que se llama Desperate Measure. Está en la Calle Mayor. Pero no habla mucho de lo que pasó aquel día.

—No, ya me lo imagino.

Volví a contemplar la casa. Las ventanas tapiadas semejaban unos ojos

cerrados a punto de despertar.

—¿Ha visto alguna vez a alguien rondar por aquí?

Se encogió de hombros.

—Chicos jóvenes, en su mayoría, pero normalmente no se acercan mucho a la casa.

—¿En su mayoría?

—¿Cómo?

—Ha dicho «chicos jóvenes, en su mayoría». Deduzco que también ha visto a alguien más.

—Turistas. Gente que anda buscando emociones.

—¿Ray Czado?

—Un par de veces. Es inofensivo.

—¿Y un hombre más alto que yo, delgado, con el pelo largo y oscuro? Probablemente con un aspecto sucio.

O'Donnell negó con la cabeza.

—No me suena.

Le di las gracias por el tiempo que me había concedido. Me observó mientras cerraba la puerta con llave y permaneció allí hasta que me subí al coche y me alejé.

El Desperate Measure era la clase de bar donde la mayoría de la gente no pondría la vista, y mucho menos los pies. En el letrero iluminado que daba a la calle, un trébol verde apenas se distinguía del sucísimo fondo blanco, y las ventanas estaban hechas de pequeños cristales biselados de colores azul y naranja. Era un local adonde los hombres iban a beber y pensar en las palizas que darían a otros hombres, y adonde las mujeres iban también a beber y pensar en las palizas que deseaban dar a algún hombre. La puerta tenía encastrado un pequeño recuadro de vidrio, protegido con barrotes como la torre del homenaje de un castillo, supuestamente para que quienes se hallaban dentro controlaran a todo aquel que solicitaba acceso una vez cerrada la puerta. No estaba claro por qué tenían esa necesidad de control: fuera no podía haber nadie más amenazador que la clase de gente que ya se encontraba dentro.

Pese a que aún no eran ni las cuatro de la tarde, la mitad de los taburetes de la barra ya estaban ocupados. Los clientes eran en su mayoría hombres entre cuarenta y sesenta años, sentados solos o de dos en dos. Nadie conversaba. Había un televisor fijado a la pared en un extremo de la barra, resguardado para más seguridad tras un par de barrotes de acero que tapaban parcialmente la pantalla. Estaba sintonizado en un canal de noticias, pero tenía el volumen a cero. Daba la impresión de que en el Desperate Measure la clientela había oído ya todas las malas noticias que quería oír en su vida.

Una triste hilera de cervezas nacionales se alzaba sobre la caja como desertores esperando al pelotón de fusilamiento, con una única botella polvorienta de Zima cubriendo la retaguardia, tan fuera de sitio como podría estarlo uno de los parroquianos en Castro Street durante el Desfile del Orgullo Gay. Ofrecían una buena selección de bourbon, un par de botellas de coñac y una de Tía María que parecía no haber tocado nadie desde los tiempos de la Guerra Fría.

Tomé asiento en el extremo de la barra más cercano a la puerta, a dos taburetes de un hombre con camisa de leñador que una y otra vez se sacudía la uña medio desprendida del dedo corazón con la punta del pulgar. Cada vez que lo hacía, la uña se levantaba, separándose de la piel, sujeta apenas por una cutícula. Sentí curiosidad por saber si le dolía. En una etapa anterior de mi vida, tal vez habría sentido la tentación de preguntar, pero ahora ya había descubierto que un hombre a quien no le preocupa mucho infligirse dolor gratuitamente a veces considera un cambio agradable infligir dolor al prójimo. Supuse que tarde o temprano la uña se le caería, y entonces empezaría con otro dedo. Pero ya nunca sería lo mismo. No hay nada como cuando uno pierde su primera uña.

El camarero se me acercó desde el otro lado de la barra.

—¿Qué le pongo?

—¿Hay café?

—Hay, pero dudo mucho que quiera usted probarlo.

Señaló una jarra de algo humeante sobre una placa calefactora. Era como si hubiese prendido fuego en algún momento del pasado y en ese momento se planteara volver a incendiarse sólo por romper la monotonía.

—Una naranjada, pues.

Me sirvió el zumo en un vaso limpio y lo colocó ante mí.

—Busco a Denny Maguire —dije—. ¿Está por aquí?

—Ya lo ha encontrado —contestó el camarero.

Procuré disimular la expresión de sorpresa. Según mis cálculos, Denny Maguire debía de rondar los treinta y tantos años, y el tipo que se hallaba al otro lado de la barra aparentaba veinte años más. En comparación con Grass, el jefe de policía, era la otra cara de la moneda, por así decirlo. Si el jefe, como Dorian Gray, tenía un retrato suyo escondido en la buhardilla, el aspecto de Denny Maguire permitía formarse una idea de la apariencia de ese retrato.

—Me llamo Charlie Parker —dije por tercera vez ese día—. Soy investigador privado. ¿Quiere que le enseñe la licencia?

Lo pregunté porque cuando estás en un sitio como el Desperate Measure, sacar algo que podría inducir a la clientela a tomarte por policía y enseñárselo al camarero muy probablemente suscitara preguntas incómodas, o algo peor, tanto para uno como para el otro.

—Le creo —dijo—. ¿Quién iba a mentir sobre una cosa así?

—Podría hacerlo para ganarme la estima y el respeto de desconocidos.

—Para conseguir eso aquí, necesitará algo más que un trozo de cartulina y cierta pose.

—Quizá debería haber cazado un oso.

—Quizá. ¿Va a decirme a qué se debe que un investigador privado se interese por mí?

Advertí que el Hombre de la Uña había encontrado algo que atraía su atención más que sus deteriorados dedos, así que planteé a Maguire que tal vez convenía hablar en algún sitio alejado de la barra. Accedió y llamó a una mujer que leía una revista en una de las mesas para dos cercanas al servicio de hombres.

—¡Aún me quedan cinco minutos! —protestó ella.

—Pásame la factura —dijo Maguire.

La mujer cabeceó con un gesto de indignación, apagó el cigarrillo y se encaminó lentamente hacia la barra.

—Hay que mantenerlas motivadas —comenté.

—¿Motivada? Ni por ésas consigo que se mueva.

Recorrió el espacio de detrás de la barra, tomó un refresco del frigorífico y dio una palmada en el culo a la mujer al pasar por su lado.

—Voy a pasarte una factura también por eso —dijo ella.

—Ajá —contestó Maguire—. ¿Tienes cambio de un dólar?

—Capullo.

Maguire se sentó frente a mí en la mesa para dos, encendió un cigarrillo y apoyó la punta junto a la colilla todavía humeante de la camarera.

—¿Y bien?

—Me ha contratado un tal Frank Matheson —dije.

Maguire no reaccionó.

—¿Conoce a Frank Matheson? —pregunté.

—Lo conozco. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Le preocupa que una persona al tanto de la historia de la casa Grady haya podido inspirarse a partir de lo que ocurrió allí en el pasado. Teme que la persona en cuestión haya puesto la mira en una niña.

—Repito: ¿qué tiene que ver conmigo?

—Aquellos hechos sucedieron antes de mi llegada aquí. Me enteré de parte de lo ocurrido por los periódicos, de otra parte por Matheson, y apenas me enteré de algo por el jefe de policía de Two Mile Lake. Tenía la esperanza de que usted me contara algo más.

—Porque yo estaba allí, ¿quiere decir?

—Sí. Porque usted estaba allí. Usted estaba presente cuando John Grady murió.

Maguire esperó un rato antes de contestar. Observó cómo se movía la mujer detrás de la barra, mofándose con acritud de uno o dos parroquianos que se

habían medio despabilado ahora que se veían expuestos a un poco de compañía femenina. Pareció abarcar con la mirada las lúgubres paredes, los pósters descoloridos, el agujero que alguien había abierto de un puñetazo en la puerta del lavabo de hombres.

—Verá, soy el dueño de este establecimiento —dijo por fin—. Se lo compré hace tres años a un tal Gruber. Era un judío alemán. Nunca entendí por qué había un trébol en el cartel. Cuando le pregunté, me dijo que nadie perdía dinero en un bar que pareciese irlandés. Daba igual con qué te encontraras una vez dentro. A la clase de gente que viene a un sitio así le preocupa poco la decoración. Quieren beber, beber un poco más, tomarse la última antes de marcharse, y luego volver a casa tambaleándose y que los dejen en paz desde el principio hasta el final, así que cuando Gruber dijo que iba a retirarse, lo compré, porque se ajustaba a mi manera de ser. Me gusta que me dejen en paz. No me gusta que la gente ande preguntándose sobre mi presente o mi pasado. ¿Por qué cree que habría de hacer una excepción con usted?

Ahora me tocaba a mí guardar silencio por un momento antes de contestar. Allí se había iniciado cierto juego, y creo que Maguire era consciente de ello. Yo había ido a ese bar en parte para averiguar qué podía decirme sobre la casa Grady, porque para comprender el presente hay que comprender el pasado. Pero también quería verlo a él. Era el único niño que había entrado en la casa de Grady y salido con vida, y yo no quería ni imaginar la clase de cicatrices que una experiencia así había dejado en él. Aunque no por padecer malos tratos en la infancia, o sufrir como sufrió él, se convierte uno automáticamente en maltratador (eso a veces ocurre), era algo que no podía pasar por alto.

—He venido para mirarlo a los ojos —admití.

Maguire fijó la mirada en la mía sin inmutarse.

—¿Y qué ve?

—Sé qué no veo: no veo a un hombre transformado por su propio dolor en aquello que en su día causó ese dolor.

—Ha pensado que quizás era yo quien estaba detrás de lo que ahora inquieta a Frank Matheson.

Lo dijo en voz baja, pero sin culpabilidad ni ira.

—He tenido que contemplar esa posibilidad.

Dio una larga calada a su cigarrillo y exhaló lentamente por la nariz. Junto con el humo, pareció expulsar de su cuerpo parte del recelo.

—¿Qué ha llevado a Matheson a contratar a un investigador privado?

Le entregué una de las copias de la fotografía: la niña desconocida capturada en su pose, lista y esperando la pelota, esperando la oportunidad de golpearla. Maguire la agarró con una mano y se la quedó mirando.

—¿La reconoce? —pregunté.

—No. ¿De dónde ha salido esta foto?

—Matheson la encontró en el buzón de la casa Grady. No sabe por qué la dejaron allí. Pensó que podía ser una especie de homenaje a John Grady.

Maguire permaneció callado durante bastante tiempo. Intuí que al final de ese silencio o bien se levantaría y me pediría que me marchase, o bien me hablaría con franqueza. La decisión dependía de él, y yo tenía la certeza de que si despegaba los labios antes de que la tomase, no conseguiría sacarle nada.

—Una ofrenda —dijo Maguire.

—Es posible.

—Él usó esta palabra, ¿sabe? Cuando estaba allí con él. Llamó así a la hija de Matheson. Dijo que era una « ofrenda » .

—¿Una ofrenda a qué?

—No lo sé. Quizás a aquello que, según creía él, lo empujaba a hacer lo que hacía. Mientras estuve allí, no paró de hablar, pero sólo se dirigió a mí alguna que otra vez. No lo recuerdo todo. Mientras conservé el conocimiento, el miedo no me dejaba escuchar, y más tarde, cuando volví en mí, él ya había muerto. He borrado de mi mente casi todo lo demás. En secundaria rendía poco y me llevaron a un médico, un psiquiatra; dijo que necesitaba hacer frente a lo ocurrido en aquella casa, pero yo lo prefiero así. Oculto. Encerrado, como yo estuve.

Yo no era quién para opinar sobre cómo había elegido sobrellevar su experiencia, pero concebí brevemente la imagen de una puerta atrancada en un sótano, y dentro un niño pequeño atormentado por John Grady, una y otra vez. Fuera cual fuese la fachada que Denny Maguire mostrase al mundo, ésa era la realidad que se escondía dentro de su cabeza.

Recuperé el cigarrillo del cenicero, dio una calada y prosiguió:

—Le hablaba sobre todo a algo que yo no veía.

—¿Qué más recuerda?

—Los espejos. Había espejos por todas las paredes. Lo veía reflejado en ellos. Parecía que la habitación estuviese llena de imágenes de John Grady. Recuerdo eso, y recuerdo los restos de los otros niños. Los dejaba sentados contra la pared del fondo. No me gusta recordar el aspecto que tenían. A ellos también les hablaba, a veces, en cierto modo.

—¿Recuerda algo de Louise Matheson?

Movió la cabeza en un gesto de negación.

—Creo que oí el disparo que acabó con su vida, pero para entonces yo ya estaba fuera de mí.

—¿Por qué lo mantuvo con vida?

Maguire simuló pensar la pregunta, pero imaginé que lo había corroído durante toda su vida, desde que Grass lo sacó de aquel lugar horrendo.

—En ese momento yo era allí el único niño varón —dijo—. Conmigo habló un poco, me contó cosas de él, de la casa que quería crear. Odiaba a las niñas,

pero conmigo era distinto. Todavía creo que, al final, me habría matado, o quizá habría dejado que me consumiera hasta morir. Podría ser que viese en mí algo de sí mismo. Espero con toda mi alma que fuese una idea equivocada, pero pienso que eso es lo que él creía.

El cigarrillo había ardido casi hasta el filtro. Una columna de ceniza se vino abajo como un edificio declarado en ruinas y se desintegró contra la mesa.

—¿Recuerda algo más de lo que decía?—pregunté.

Me miró, aplastó la colilla y se levantó.

—Como le he dicho, no recuerdo los detalles. Sí recuerdo que no hablaba directamente a los otros niños —respondió. Dio la impresión de que tuviera polvo en la garganta—. Hablaba a los reflejos de los niños en los espejos. Les hablaba como si estuvieran dentro de los espejos, y si aquellos policías no hubiesen llegado, a mí también me habría hablado así. Habría acabado mis días allí con los demás.

Y en la penumbra de su lúgubre bar, Denny Maguire se echó a llorar.

En las inmediaciones del Desperate Measure, las calles parecían tranquilas cuando regresé al aparcamiento situado en la parte de atrás del bar. No sabía hasta qué punto estaba averiguando algo que no sospechara ya: John Grady era un ser humano repulsivo, y cuantos habían entrado en contacto con él habían quedado contaminados.

Cuando doblé la esquina, vi a un hombre apoyado en el capó de mi Mustang. Sostenía un cigarrillo con la mano derecha y tamborileaba en la carrocería con los dedos de la izquierda, marcando un ritmo suave. Mientras me acercaba, ya sabía quién era: aquellos ojos hundidos en las profundidades del cráneo abovedado, el pelo lacio colgándole en la nuca como algo añadido en el último momento.

—¿Puedo ayudarle en algo?—dije.

El Coleccionista se había vuelto para observarme. Se le veía demacrado y enfermo bajo el resplandor amarillo de la única luz que había en el aparcamiento y, al parecer, vestía igual que en su encuentro con Matheson. Advertí que la suela de uno de sus zapatos se abría como la boca de un pez.

—Creo que sí —respondió—, y quizá yo a mi vez pueda ayudarle a usted.

—Podría darle la dirección de un buen sastre —dije—, y quizás él, de paso, conozca a alguien que pueda arreglarle el zapato. Después de eso, tendrá que arreglárselas usted solo.

El Coleccionista bajó la mirada, como si acabara de darse cuenta de que llevaba la suela desprendida.

—Vaya, vaya —comentó—. Hay que ver.

Exhaló una columna de humo al aire nocturno: salió de su boca durante largo

rato, como si lo fabricase él mismo en lo más hondo de sus pulmones.

—¿Le importa apartarse de mi coche?

El Coleccionista se lo pensó por un momento. Justo cuando empezaba a dar la impresión de que tendría que arrancar con él colgado del capó, tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con el zapato indemne. Luego se separó medio metro del coche.

—Le ruego que me disculpe —dijo—. Usted trabaja para el señor Matheson.

—Aquí hay un malentendido —repuse—. Yo no le he ofrecido un intercambio de información por ir a buscar otro sitio donde apoyarse.

Me coloqué junto al Mustang, pero no saqué las llaves. Si intentaba abrir la puerta del coche, tal vez tuviera que apartar la mirada de aquel hombre por un instante, y eso no quería hacerlo. Matheson tenía razón. El aspecto del Coleccionista, ese pelo grisiento combinado con la ropa sucia, era un elemento de distracción, un ardid para engañar a los incautos. Sus movimientos eran lentos y precisos porque él así lo deseaba. Barrunté que, en realidad, cuando él quería, era capaz de moverse muy deprisa, y que ese abrigo viejo y ese pantalón andrajoso ocultaban unos huesos fuertes y unos músculos magros y fibrosos.

—Sospecho que el señor Matheson le ha hablado de mí.

No contesté. No tenía intención de revelarle nada.

—Sé lo de la foto —agregó.

Con eso, el panorama cambió.

—¿Qué foto?

—La foto de la niña.

—¿Sabe quién es?

Negó con la cabeza.

—¿Sabe quién tomó la fotografía?

Nuevamente negó con la cabeza.

—Entonces no me sirve usted de nada. Búsquese otro rincón oscuro donde merodear.

Con un gesto ostensible, manipulé las llaves.

—Esa niña está en peligro —dijo el Coleccionista—. Si me da usted lo que quiero, ese peligro disminuirá en cierta medida.

Me pregunté si habría tomado él la fotografía, si la aparición de ésta en el buzón formaba parte de sus esfuerzos por asegurarse el cobro de esa antigua deuda, fuera cual fuese, de la que se consideraba acreedor.

El Coleccionista era inteligente. Ya estaba esperando cuando yo llegué a esa conclusión.

—Pero el peligro no viene de mí —añadió—. A mí no me interesan los niños. Yo únicamente quiero que se salde la deuda contraída conmigo.

Di un par de pasos hacia él. No pareció sentirse amenazado.

—¿Y cuál es esa deuda?

—Se trata de un asunto privado.

—¿Trabaja usted para alguien?

—Todos trabajamos para alguien, señor Parker. Baste decir que John Grady intentó apropiarse de algo antes de morir. Lo consiguió parcialmente. Pero un simple gesto será más que suficiente para reparar el daño. Aun así, su cliente no está muy dispuesto a realizar ese gesto.

—No le corresponde a él pagar la deuda. Él no tiene ninguna obligación con usted, y aun si la tuviera, no veo cómo el pago de esa deuda disminuiría el «peligro» que corre la niña de la fotografía.

El Coleccionista encendió otro cigarrillo. En el resplandor de la cerilla, sus ojos centelleaban.

—El nuestro es un mundo viejo y malévolo. John Grady era un individuo inmundo, y la casa Grady es un lugar inmundo. Los sitios como ése conservan un residuo que puede contaminar a otros. Si usted me ayuda, quizá sea posible eliminar parte de esa contaminación.

—¿Qué quiere?

—Un espejo de la casa Grady. Hay muchos espejos. Si falta uno, nadie lo notará.

—¿Y por qué no va y lo coge usted mismo?

—La casa está protegida con ciertas medidas de seguridad.

—No tantas como para que un hombre no pueda entrar si lo desea intensamente.

—No soy un ladrón —dijo el Coleccionista.

Había algo más. Desvió la mirada por primera vez. La casa le inspiraba miedo. No, no miedo, pero sí cautela. Por alguna razón era incapaz de entrar allí.

—Creo que le conviene más hablar con los abogados o con el banco —sugerí—. Hable con alguien, con cualquiera, pero no vuelva a hablar conmigo. Yo no puedo hacer nada por usted.

Mientras pronunciaba estas palabras abrí la puerta del coche. Él permaneció allí de pie, aislado en medio del aparcamiento, observándome.

Cerré la puerta y metí la llave en el contacto. Cuando alcé la vista, el Coleccionista había desaparecido, o eso pensé hasta que oí un golpeteo en la ventanilla del lado del copiloto. Estaba muy cerca del cristal, tanto que vi las arrugas de su rostro y las venas bajo su tez pálida. Su piel parecía demasiado fina, como si sólo la más sutil de las membranas cubriese la rojez sanguinolenta que se escondía debajo.

—Cobraré esa deuda —dijo—. Recuérdelo.

Revolucioné el motor y arranqué a tal velocidad que se vio obligado a echarse atrás contra el enorme Toyota de la plaza de aparcamiento contigua. Quedó suspendido en el retrovisor como una herida infectada en la carne de la noche, hasta que doblé la esquina y se perdió de vista.

En el camino a casa, la Luna no incidía sobre Scarborough. Una ancha cenefa de nubes ocultaba su luz. Pronto las marismas se inundarían y comenzaría una nueva ronda de nutrimiento y muerte. Me pregunté qué efecto tendría en mí ese ciclo, y si el agua de mi propio cuerpo estaba acaso sometida, de algún modo, a la rotación de un pedrusco sin vida flotando en el espacio. Quizás incidía en mi comportamiento, induciéndome a obrar de maneras extrañas e imprevisibles. Entonces pensé en Rachel, y en qué diría si compartiese esas reflexiones con ella: diría que mi comportamiento era extraño e imprevisible en cualquier caso, y que nadie notaría la diferencia por más que intentara establecer una conexión lunar.

Nuestra primera hija nacería de un momento a otro, y cada vez que sonaba el móvil medio esperaba oír la voz de Rachel anunciándome que había llegado la hora. Yo había dejado de mimarla hacia mucho, ya que ella, por un lado, era de una independencia feroz y, por otro, adivinaba en mis actos un intento de prevenir la pérdida de otra niña. Mi hija y mi mujer me habían sido arrebatadas hacia sólo unos años. Yo dudaba mucho que fuese capaz de seguir viviendo si me veía despojado de otra hija. A veces eso me llevaba a sobreproteger a quienes ahora quería.

Detuve el coche antes de entrar en el camino de acceso a nuestra casa. Pensé en Matheson y su mujer. «¿Cómo se veían ahora a sí mismos?», me pregunté. ¿Seguías siendo padre, o madre, cuando tu hijo moría? Una mujer que pierde a su marido se convierte en viuda, y un marido afligido por la pérdida de su esposa es un viudo, pero no había nombre para lo que uno pasaba a ser cuando arrancaban de su mundo a su único hijo. Aunque quizás eso daba igual: en mi cabeza, yo era aún su padre y ella era aún mi hija, y eso siempre sería así fuera cual fuese el mundo en el que ella moraba ahora. No podía olvidarla, y sabía que ella no me había olvidado a mí.

Porque aún venía a mí. En las horas muertas, durante el crepúsculo, en esos momentos entre vigilia y sueño en que el mundo aún no había cobrado plena forma en torno a mí, allí estaba ella. A veces la acompañaba su madre, envuelta en sombras, un recordatorio de mi deber para con ellas, y para con todos aquellos como ellas. A menudo soñaba con sentirme en paz, con no experimentar ya más esas visiones. Ahora sé que mi destino no es ése, no ahora, y que sólo me llegará la paz cuando cierre los ojos y ocupe por fin mi lugar junto a ellas en las tinieblas.

Rachel leía tendida en el sofá, con la mano apoyada en el vientre y el pelo largo y rojo cayéndole en una trenza por encima de su hombro izquierdo. La besé en la frente, luego en los labios. Me colocó la mano junto a la suya, para que sintiera a la niña que llevaba dentro.

—¿Sabes si la niña planea salir en fecha próxima?—pregunté—. Si continúa ahí mucho más tiempo, podemos empezar a cobrarle un alquiler.

—Ve acostumbrándote a decir eso —sugirió—. Harás la misma pregunta hasta que nuestra hija vaya a la universidad. Aunque en realidad soy yo quien he de acarrear a una persona dentro de mí de aquí para allá. Ya va siendo hora de que apechugues con parte de la carga.

Fui a la cocina y saqué un refresco del frigorífico.

—Ya, ¿y qué me dices de todo el helado que tengo que traer a casa? No llega aquí flotando él solo.

—Pues eso es lo que a mí me habían dicho.

Me quedé en la puerta de la cocina y levanté una caja de sorbete de naranja Len Libby en dirección a ella.

—¿Te tienta? ¿A que sí? ¿Qué? ¿Tomamos una cucharadita antes de dar por acabado el día?

Me lanzó un cojín.

—¡Cómo te permití acercarte lo suficiente para fecundarme! No me lo explico. Un instante de debilidad, supongo. Y tratándose de ti, un instante en el sentido más literal.

—Qué cruel —dije—. No incluyes los ratos de arrumacos.

Me senté a su lado y Rachel se acurrucó contra mí en la medida de sus posibilidades. Compartí el refresco con ella, pese a sus zahirientes comentarios sobre lo que ella percibía como falta de resistencia por mi parte.

—¿Y cómo ha ido, pues?—preguntó.

Le hablé de mis asuntos del día: la policía, la casa Grady, mi conversación con Maguire. En conjunto, no era gran cosa. Rachel había dedicado un rato a revisar la documentación que Matheson me había dejado. Ahora que el parto era inminente, no asumía ya ninguna actividad académica ni encargo profesional nuevos, y por consiguiente el caso Grady le ofrecía una oportunidad de estirar ciertos músculos de psicología infrautilizados.

—Espejos —dijo Rachel—. Conversaciones con un «otro» invisible. Un despliegue de víctimas, y aun así sin interacción real. Sin abusos físicos o sexuales de los niños, más allá del hecho mismo de quitarles la vida. E incluso en eso parecía decidido a causarles el menor daño posible: un solo golpe en la cabeza para dejarlos sin conocimiento, después la asfixia.

—Por otro lado está la casa —añadi—. Tenía grandes planes de reforma, y sin embargo no hizo nada extraordinario para mejorarla, por lo que he podido ver. Se limitó a empezar a empapelarla y colgar demasiados espejos en las paredes.

—¿Y qué crees que veía en ellos?—preguntó Rachel.

—Se veía a sí mismo. ¿Qué ve cualquiera en un espejo?

Apretó los labios y se encogió de hombros.

—¿Tú te ves a ti mismo cuando te miras en un espejo?

Tuve una sensación que tenía a menudo con Rachel: que ella, a saber cómo, se me había adelantado tres pasos mientras me distraía observando el paso de una nube.

—Veo... —Guardé silencio por un momento para reflexionar debidamente sobre la pregunta. Por fin dije—: Bueno, veo una versión de mí mismo.

—Ese reflejo tuyo se configura a partir de la imagen que tienes de ti mismo. De hecho, tú creas parte de lo que ves. No somos como somos. Somos como imaginamos que somos. ¿Qué veía, pues, John Grady cuando miraba en el espejo?

Volví a ver la casa. Vi las paredes inacabadas, el mugriento fregadero, las habitaciones vacías, las tablas alabeadas.

Y vi los espejos.

—Veía su casa —dije—. Veía su casa tal como deseaba que fuera.

—O tal como creía que era, en otro lugar.

—En el mundo al otro lado del espejo.

—Y quizá para él ese mundo era más real que éste.

—Y si la casa era más real en ese mundo...

—También lo era él. Tal vez era a ése a quien le hablaba mientras esperaba el momento de matar a Denny Maguire. Puede que hablara con John Grady, o con aquello que él percibía como el verdadero John Grady.

—¿Y los niños?

—¿Qué te ha dicho Denny Maguire? ¿Que nunca les hablaba directamente a ellos?

—Según él, Grady les hablaba a los reflejos de los niños en el espejo.

Rachel se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca he oído nada parecido.

Se acercó más a mí.

—Te andarás con cuidado, ¿verdad? —preguntó.

—Ese hombre está muerto —dije—. El daño que puede causar un muerto es limitado.

En la casa Grady se agitó algo. El polvo se elevó en espirales ascendentes. Se oyeron los crujidos de restos de papel en las chimeneas vacías. Era el viento del norte, silbando a través de marcos podridos y tablones rotos, lo que creaba esa sensación de movimiento en las silenciosas salas y habitaciones. Era el viento del norte, que sacudía los picaportes y hacía chirriar las puertas. Era el viento del norte la causa de que las perchas entrechocaran en los roperos y los vasos sucios tintinearán en los armarios cerrados de la cocina.

Y era el viento del norte el que agitaba los árboles, y éstos, al moverse,

creaban tenues sombras que se proyectaban a través de los resquicios de las ventanas tapiadas y se deslizaban por la superficie del viejo espejo colocado sobre la chimenea del comedor, un espejo en cuyas profundidades aparecía un mundo sutilmente distinto del nuestro y en el que una figura se movía dentro sin hallar acompañante alguno en la vieja casa. Debería haber habido fotografías en la repisa de la chimenea, pues en la imagen reflejada en el espejo se veían fotografías. Sin embargo la repisa real, la de la propia casa, estaba vacía.

Era el viento, por lo tanto, el que había arrastrado esas imágenes en blanco y negro de niños desconocidos al otro lado del cristal y al interior de ese otro mundo.

Era el viento, sólo el viento.

Los trabajos de vigilancia tienen su complicación. Hasta el más descerebrado de los hombres, uno de esos que de niños se ponen un casco de hockey para ir al colegio por miedo a caerse en el camino, es capaz de descubrir a alguien que lo lleva observando regularmente durante cierto espacio de tiempo. Los policías tienen suerte. Para el sospechoso, cuando lo siguen, es más difícil detectar a varias personas que a una sola, y además los policías pueden repartirse el trabajo, concederse descansos y, en general, ayudar a sus compañeros a permanecer alertas todo el tiempo, porque la vigilancia, aparte de ser complicada, es aburrida, y a uno se le va el santo al cielo con facilidad. Un buen destacamento de vigilancia requiere, por tanto, muchos efectivos, razón por la cual incluso los policías tienden a escurrir el bulto cuando se les plantea el tema. Apartar a dos o más agentes de sus obligaciones habituales para vigilar a un mamón que quizá merezca su atención o quizá no incide negativamente en la moral, en las horas extras y quizás incluso en la lucha contra la delincuencia en su conjunto.

Normalmente los investigadores privados no pueden permitirse el lujo de un equipo de vigilancia, y sus clientes no son siempre tan ricos como para poder contratar a toda una cuadrilla a fin de cubrir un trabajo, así que controlar a alguien suele ser una labor complicada. La misión de la casa Grady era distinta. La casa no iba a marcharse a ninguna parte, ni a intentar huir a través del bosque en busca de la libertad. Aun así, permanecer atento a ella continuamente sería un problema, y por tanto me convenía encontrar a alguien para repartir la carga. Si quiere hacerse bien, incluso para una tarea sencilla como vigilar una casa vieja y vacía se requiere a una persona con paciencia, disciplina, nervios templados y buen ojo para los detalles, alguien que no se asuste así como así y que sepa desenvolverse si algo se tuerce.

A falta de un individuo que reuniese tales características, necesitaba a alguien con mucho tiempo disponible.

Conocía a la persona idónea.

—Así que vigilancia, ¿eh?—dijo Ángel.

Ángel y su novio, Louis, eran lo más cercano a unos verdaderos amigos que yo tenía. Debía reconocerse que su moralidad era sospechosa, y Ángel poseía

esa clase de temperamento al que no le habría venido nada mal un poco de intervención farmacéutica, pero tampoco podía decirse que yo fuera perfecto. Casi todo el mundo acaba teniendo los amigos que se merece, pero yo imaginaba que seguramente, aun si quedaba impune de muchas cosas a lo largo de la vida, al final tendría algún motivo de queja por los que me habían tocado en suerte. Casi siempre vivían juntos en un apartamento del Upper West Side, donde la tendencia natural de Louis al orden y al minimalismo libraba una batalla heroica pero perdida de antemano contra la fascinación de su compañero por el caos y la ropa de saldo. Era todo muy yin y yang, pero cuando le planteé esta teoría a Ángel, actuó como si yo hablase de hermanos siameses y me obsequió con anécdotas sexualmente fascinantes, aunque políticamente incorrectas. Cuando hice partícipe a Louis de una opinión similar, me amenazó con mandar a Ángel a vivir conmigo, y a ver cuánto tiempo soportábamos Rachel y yo un poco del yang de Ángel. Dado que Louis, en comparación con Rachel, podía parecer el colmo de la dejadez, calculé que no sería mucho.

Me llegaba música de fondo mientras Ángel y yo hablábamos. Parecía horrible.

—¿Qué demonios estás escuchando?

—Un recopilatorio de rock progresivo. Quiero entrar en contacto con mi musa escuchando música del pasado.

Casi me daba miedo preguntar. Casi.

—¿Tienes una musa? ¿Qué es, una musa condenada a servicios comunitarios? ¿Le ha ordenado un juez que te ayude?

Ángel optó por hacerse el sordo.

—Estoy pensando en escribir mis memorias. Bueno, tendré que cambiar alguna que otra chorrada, quizá modificar los nombres para proteger a personas culpables, jugar con las fechas, las escalas temporales y demás. Me he comprado un libro, una de esas guías en plan «¿Cómo escribir un best seller?». Da buenos consejos. El tipo mismo que lo escribió es autor de best sellers, o sea, que sabe de qué habla.

—¿Conocías ya al autor?

Siguió un breve silencio.

—No, o al menos no hasta que compré el libro.

—¿Y entonces por qué crees que es autor de best sellers si no lo conocías?

—Hay mucha gente a la que no conozco y eso no significa que no sean lo que dicen ser. En la portada dice que es autor de best sellers.

—¿Y qué ha escrito?

Le oí pasar las hojas de un libro delgado y desproporcionadamente caro.

—Ha escrito...

—¿Sí?

—Espera, estoy buscándolo. Ha escrito... Bueno, vale, ha escrito un best

seller sobre cómo escribir best sellers. ¿Es eso lo que querías oír? ¿Ya estás contento?

Lo oí tirar el libro a un lado con cierta violencia. Imaginé, no obstante, que lo rescataría en cuanto colgase. En todo caso, sus memorias no pasarían probablemente del primer capítulo. Al menos ésa era mi esperanza.

—Y ese trabajo del que quieres que me encargue, ¿es la vigilancia de una casa?

—Ajá.

—¿Una casa vacía?

—Sí.

—¿Y qué ha hecho la casa? ¿Espiar a las casas vecinas?

—Sospecho que ha robado ropa interior de los tendedores.

—Yo conocía a uno que hacía eso. La robaba, la lavaba, la plegaba y luego volvía a dejarla en su sitio con una nota en la que describía todo el trabajo que había hecho, añadiendo algún que otro consejo sobre los cuidados de la ropa para los dueños. Ante el juez, declaró que le preocupaba la higiene. El juez recomendó al director de la cárcel que le permitiera trabajar en la lavandería. Los presos llevábamos los monos más limpios del estado. Y además bien almidonados.

Ángel había pasado demasiado tiempo en cárceles, épocas largas y difíciles. Rara vez hablaba de ello, y más raro aún era que bromeara al respecto. Eso quería decir que estaba a gusto con su vida, y yo me alegraba de ello. En fecha reciente Ángel había sobrellevado grandes sufrimientos.

—Una historia bonita. ¿Ya has acabado?

—Eso de quedarse mirando una casa vacía no parece que tenga mucho futuro.

—Si va y resulta que lo haces bien, te ascenderemos a la tarea de vigilar casas ocupadas. Oye, sin ánimo de ofender, pero has allanado bastantes moradas. Debes de tener cierta experiencia en vigilarlas.

—Muy bonito. Me llamas por teléfono, me pides ayuda y ahora me insultas. ¿Tienes algún otro trapo sucio que echarme a la cara?

—Podría echarte la colada entera. Pero no dispongo de tanto tiempo.

—¿A cuánto se paga el trabajo?

—Un dólar al día y todos los cacahuetes que puedas comer hasta atracarte.

—¿Salados o asados?

—Salados.

—No está mal. ¿Cuándo empiezo? Ah, por cierto, ¿puedo llevar a un amigo?

A continuación telefoneé a Clem Ruddock Clem, antes miembro de la policía estatal, llevaba casi dos años retirado y, como tantos otros polis al llegar el

momento de la jubilación, había comprado un bar en un sitio donde las temperaturas nunca bajaban de veinte grados en invierno. Por desgracia para Clem, él era un testimonio viviente de mi arraigada convicción de que determinadas personas sencillamente han nacido para morir en Maine. Como nunca llegó a integrarse en Boca, vendió la mitad del bar a un ex policía de Coral Gables y volvió al norte. Ahora repartía su tiempo entre Florida y un dúplex en Damariscotta, cerca de su hija y sus nietos. El contestador de Clem me informó de que él no estaba en casa y me dio un número de móvil por si quería intentarlo ahí.

—¿Tú qué eres? ¿Cirujano? —le pregunté cuando por fin conseguí hablar con él—. ¿Para qué necesita móvil un jubilado?

Clem estaba conduciendo. Oía de fondo el ronroneo del motor.

—No te has enterado, veo —comentó—. Ahora, para llegar a fin de mes, hago de proxeneta. Tengo a unas cuantas chicas en una caravana a un paso de la 295. Estoy pensando en adjudicar alguna franquicia. ¿A ti te sobra un poco de dinero?

—Lo siento, y lo tengo todo invertido en porno de monos. Es un mercado en crecimiento. ¿Tienes un rato para hablar?

Dio la casualidad de que Clem venía de camino a Portland para reunirse con su abogado. A veces las cosas engranaban así de bien. Quedé con él en el Rosie's, un establecimiento del Puerto Antiguo, para comer unas hamburguesas. Me dijo que yo era un tacaño. Le dije que pagaría él, así que era más tacaño aún de lo que se pensaba. Al fin y al cabo, no era yo quien tenía un bar en Florida y dos casas.

Rachel, sentada a la mesa de la cocina, hojeaba una revista y mordisqueaba un bagel. *Walter* esperaba a medio camino entre su canasta y Rachel, tentado a todas luces de afanar algo de comida del plato, pero a la vez reacio a probar suerte por miedo a acabar llevándose un grito. Cuando entré, decidió que la balanza se había decantado a su favor y vino a olfatearme la mano como pretexto para acercarse a la mesa.

—Has vuelto a darle los restos —me reprochó Rachel sin levantar la vista.

—¿Qué has hecho? ¿Ponerlo bajo la luz de una lámpara hasta que se ha venido abajo y ha confesado?

—Le transmitimos señales contradictorias. Eso lo confunde.

—Lo único que lo confunde es por qué tú no lo quieres tanto como yo —respondí.

—Eh, eso es un golpe bajo. ¿Es así como piensas ganarte el afecto de tu hija, con sobornos y caprichos?

—Es importante empezar con buen pie. Ha salido bien con el perro. Y

contigo. —Me incliné y la besé en los labios—. Tengo que irme —dije—. Llegaré a tiempo para la cena, y dejaré el móvil encendido.

Desvió la mirada hacia el interior de mi chaqueta. Alcanzó a ver la empuñadura del arma, pero no hizo ningún comentario.

—Ten cuidado —me aconsejó, y siguió con su revista.

Antes de salir de casa, volví la cabeza y la vi ponerle un trozo de bagel en la boca a *Walter*. A cambio, él apoyó la cabeza en su falda, y Rachel lo acarició con delicadeza mientras concentraba su mirada no ya en la lectura, sino al otro lado de la ventana de la cocina, en las marismas y los árboles, como si el cristal se hubiese convertido en agua y pudiese ver una vez más bajo su superficie la cara del hombre ahogándose.

El Coleccionista buscaba a Ray Czabo. Se había tropezado con ese nombre en el curso de su propia investigación sobre la casa Grady y tenía gran interés en hablar con el individuo en cuestión. Se abstenía de juzgar desde un punto de vista moral el espeluznante pasatiempo de Ray Vudú: como sabía por experiencia, los seres humanos eran capaces de comportamientos mucho peores que el robo de un objeto en el escenario de un crimen. Su interés se centraba en la posibilidad de que Ray hubiese logrado acceder al interior de la casa, y quizá de paso se hubiese apropiado de alguna cosilla. Si se trataba del objeto adecuado, el Coleccionista podría dar por concluido su trabajo.

Pero estaba claro que Ray Czabo no era fácil de encontrar, y ahora había un desconocido en su casa. Por lo regular, el Coleccionista era partidario de un método de aproximación directo, pero el joven que parecía beneficiarse de la señora Czabo en ausencia de su marido parecía potencialmente conflictivo. Sin embargo, más preocupante era el hecho de que, como el Coleccionista había averiguado, en aquel caso se cumplía el dicho «de tal palo tal astilla», y el amante de la señora Czabo, por ser hijo de su padre, gozaba de la protección de una organización criminal pequeña pero eficiente.

El Coleccionista había obrado con descuido dando por supuesto que su coche viejo y su desaharrapado aspecto personal le permitirían pasar inadvertido a menos que él mismo decidiera lo contrario. Empezaba a preguntarse si la señora Czabo no se habría confabulado con su amigo para apartar de allí al marido, ya fuera mediante amenazas o con violencia real. Estaba planteándose esta posibilidad mientras regresaba a su coche después de seguir al amante hasta la base de operaciones de su padre, cuando un hombre salió de detrás de un contenedor y le cortó el paso.

—¿Quieres explicarme qué haces aquí? —le abordó el hombre. Le sobraban unos kilos y vestía una cazadora negra de cuero y unos vaqueros. En la cara tenía protuberancias donde no correspondía, como si se le hubieran roto todos los

huesos y después le hubieran recompuesto mal las fracturas. Se llamaba Chris Tierney, y tenía fama de hombre duro e intimidador.

El Coleccionista no disponía de tiempo para eso. Intentó sortearlo, pero Tierney lo obligó a retroceder de un empujón y dio un paso hacia él.

—Te he hecho una pregunta —repitió Tierney. El Coleccionista permaneció en silencio—. A tomar por el saco —dijo Tierney por fin—. Vas a acompañarme.

Se abalanzó sobre el individuo delgado y grasiento de dedos amarillos, ese esqueleto andrajoso que había intentado esquivarlo. Pero el tipo harapiento, en lugar de recular, avanzó hacia él haciéndole frente. Tierney sintió un impacto en el pecho que lo elevó hasta quedar tocando el suelo sólo con las puntas de los pies. Se encogió contra la mano de su agresor cuando la sorpresa del golpe comenzó a disiparse y dio paso a un penetrante dolor. Tierney intentó hablar, pero la sangre le manó a borbotones de la boca y le resbaló por los labios y el mentón. Cerró los dedos en torno a la mano del Coleccionista y encontró la empuñadura de la navaja. Trató de decir algo, pese a que no había nada que decir.

El Coleccionista acercó la mano izquierda a los labios del moribundo.

—Chist —dijo—. Silencio. No te preocupes. Ya casi ha terminado. Casi ha terminado.

La navaja se hundió con fuerza una vez más, y la vida abandonó a Tierney en medio de una bocanada de aire y sangre.

Clem no había cambiado desde la última vez que lo vi. Ya le habían salido canas a los treinta y tantos años, así que, aparte de las arrugas en las comisuras de los ojos y los labios, no parecía haber envejecido mucho más desde entonces. Conservaba aún los vestigios de un bronceado tras su último viaje al sur y había perdido un poco de peso.

—Tienes buen aspecto —dije.

—Sigo una dieta saludable... cuando no me queda más remedio —contestó, y a renglón seguido pidió una hamburguesa con queso y una ración extra de patatas fritas, sin mayonesa. Aclaró—: Es la mayonesa lo que mata.

Clem pertenecía al grupo de policías que habían mantenido la amistad con mi abuelo cuando éste abandonó el cuerpo, y que luego habían extendido su buena voluntad al nieto. Allí en Manhattan, ciertos policías cambiarían de acera para eludirme, aun cuando la calle estuviera minada. Aquí en el norte, la gente tenía en cuenta otras lealtades más antiguas.

No hablamos de nada en particular hasta que acabamos de comer y después nos recostamos en nuestras sillas junto a la vidriera para ver pasar los coches y a las personas. En apariencia, nadie tenía mucha prisa por llegar a ninguna parte, y como diciembre sólo acababa de empezar, la perspectiva de la Navidad

generaba aún más ilusión que estrés.

—¿Te acuerdas de John Grady? —dije por fin.

Descubrí que yo mismo aborrecía pronunciar ese nombre. Parecía contaminar el aire, filtrarse a través del marco de la ventana para emponzoñar el ambiente festivo de la calle.

—John Grady —repitió Clem. Tomó un sorbo de cerveza y lo retuvo en la boca por un momento, como si se enjuagara tras mencionar a Grady—. Tú y tu costumbre de resucitar viejos fantasmas. Opino que tienes un interés malsano en los asesinos muertos.

—Bueno, resultó que algunos no estaban tan muertos como se creía.

—Se diría que gozas del don de despertarlos, eso desde luego. John Grady, en todo caso, no volverá. Lo vi morir con mis propios ojos.

—¿Estabas presente?

Sabía que Clem había intervenido en la investigación, pero no que hubiese sido testigo de los momentos finales de Grady.

—Cuando fue raptada la hija de Matheson, tuvimos la primera pista medio aceptable en meses. Aquello fue una estupidez por parte de Grady, llevársela así sin más, pero imagino que para entonces ya no controlaba sus apetitos. Llegamos a la casa, pero para ella ya era demasiado tarde. —Tomó otro trago de cerveza y miró por encima de mí, allí donde su reflejo permanecía suspendido en el cristal de la ventana—. Aquello se me quedó grabado. Apenas recuerdo unos cuantos casos por los que desearía romperme el puño contra una pared, pero ése es uno de ellos. Demasiados « si al menos » : si al menos hubiésemos establecido antes la conexión con el coche de Grady; si al menos hubiésemos podido echar abajo aquella puerta; si al menos...

» Pero el caso es que llegamos allí y encontramos a Grady apuntándose a la cabeza con la pistola. Si no hubiese sido tan horrendo, casi habría resultado cómico: por un lado nosotros, apuntándole con nuestras armas, amenazándolo con disparar; por otro lado él, con una pistola en la mano, dispuesto a volarse los sesos y ahorrarnos las complicaciones. Aquello sólo podía acabar de una manera, imagino.

» Recuerdo lo que dijo antes de morir: “Esto no es una casa. Esto es un hogar”. Todavía no entiendo qué quiso decir. Aquel sitio era lo menos parecido a un hogar que he visto jamás. Cuatro muebles contados, paredes a medio pintar, papel barato que ya empezaba a despegarse. Por todas partes había polvo y mugre, y aquellos malditos espejos. Aquellos espejos me desorientaban por completo. Parecía haber movimiento por todos lados: nuestros reflejos, los reflejos de nuestros reflejos. En la vida he tenido los nervios tan a flor de piel.

» Yo estaba muy cerca de Grady cuando apretó el gatillo. Recuerdo su cara y sus ojos. Sí, lo que hizo no tiene nombre, la peor atrocidad que he visto, pero era un hombre atormentado. Lo noté. Tenía una especie de sarpullido en la piel,

pústulas en los labios y los párpados hinchados. Era un ser muy angustiado y enfermo. Yo era quien estaba más cerca de él. Me vi reflejado en sus ojos y, te lo juro, supe lo que iba a hacer y deseé impedirselo: no porque me importase si vivía o moría, sino porque tenía la sensación de que, si moría en ese momento, de algún modo se llevaría consigo parte de mí, porque yo estaba atrapado en su mirada. Te parece absurdo, ¿no? Sentía tal nerviosismo, tal estado de agitación en medio de todos aquellos espejos, que de pronto me entró miedo: me entró así de repente, sin darme tiempo a pensar.

» El caso es que miró a su derecha y vio su imagen en el espejo y le cambió la expresión. Dio la impresión de que casi sentía alivio. Entonces apretó el gatillo, y el espejo desapareció en medio de una lluvia de sangre y cristales. Ahí se acabó todo para él. Encontramos los cadáveres allí en el sótano, y también al niño, Maguire, que una y otra vez recobraba el conocimiento y volvía a perderlo. Lo mejor que puede decirse de lo que les pasó a esas criaturas es que, según dedujo el forense, murieron deprisa. Pero estamos hablando de niños. Dios mío, ¿a qué extremo hemos llegado cuando tenemos que consolarnos con la idea de un final rápido a sus sufrimientos?

Levantó la botella para pedir otra cerveza. Yo tomaba café. Ya rara vez pruebo el alcohol. Le he perdido el gusto.

—Es increíble que acabe de salirme de dentro todo eso —comentó Clem—. La de cosas que uno se guarda, casi sin saberlo.

Me acordé de Denny Maguire, sacado de la casa en brazos de un policía, envuelto en la chaqueta de un desconocido. Pensé que probablemente no había dormido bien después de cerrar el bar la noche en que hablamos. Aunque casi con toda seguridad Denny Maguire rara vez dormía tranquilo desde que John Grady lo apartó de su familia y lo llevó a aquella casa. También él se lo había guardado todo dentro, y eso lo había convertido en un viejo prematuro.

Llegó la cerveza, pero Clem no la tocó.

—Te he contado todo eso, y ni siquiera sé por qué me lo preguntas.

Le hablé de Matheson y la fotografía de la niña.

—Niños —susurró—. Contigo siempre hay niños de por medio.

No respondí. No quise.

—Algunos policías tienen algo así como una especialidad —continuó—. Parece que determinados casos se les cruzan en el camino más que otros. No es que los busquen. Sencillamente les caen. Con algunos, es violencia doméstica; con otros, violaciones. Desarrollan una manera de abordarlos que es distinta de la de otros policías, y luego es como si los atrajeran. Contigo, son los niños, parece. Debe de ser duro para ti, después de lo que pasó.

—A veces —admití.

—¿Crees en Dios?

—No lo sé. Si existe, no entiendo lo que hace.

—Si no existe, estamos perdidos. Miro alrededor, pienso en hombres como Grady y lo que hizo, y a veces me pregunto si hay alguien en el más allá a quien de verdad le preocupa realmente todo esto. Y de pronto es como si se levantara la niebla durante un par de segundos y veo una lógica. No, ni siquiera una lógica, sino la posibilidad de una lógica.

—¿Ves la mano de Dios?

Se echó a reír y se llevó un dedo al pómulo.

—Ojo de policía: veo sus huellas digitales. Veo las marcas en el cristal. A medida que te haces viejo empiezas a pensar en estas cosas. Si existe un Dios, vas a tener una conversación muy seria con él en un futuro cercano, así que empiezas a pensar qué puedes decir. Imaginas que sobre todo dirás « Lo siento» . Muchas veces.

Clem pareció recordar qué lo había llevado hasta allí.

—Estoy divagando. ¿Decías que Grass investiga el asunto?

—Lo vi un tanto escéptico. Dice que quiere actuar con discreción, para no asustar innecesariamente a una familia, o crear pánico en los padres.

—Grass es un hombre íntegro. Era joven cuando ocurrió lo de Grady, pero, como yo, estuvo allí presente en los últimos momentos. Dudo mucho que llegue a borrarse de la cabeza. Por lo que he oído, se ha tomado de manera muy personal el control de la casa. No quiere que la gente recuerde lo que pasó allí, y supongo que es un punto de vista acertado. A la que te descuidas, la incluyen en una ruta de turismo macabro, o a alguien se le mete entre ceja y ceja pegarle fuego..., lo que no sería mala idea, si quieres que te diga la verdad. Ya de entrada no me explico qué interés tenía Matheson en quedarse la casa. Pero, como te he dicho, la casa Grady es ahora territorio de Grass. Ha asumido la carga.

Me pregunté si Clem tenía razón. Grass, Denny Maguire e incluso el propio Clem parecían acarrear un remanente de lo que sucedió en la casa Grady, igual que una espina clavada en el alma. Tal vez eliminarla de la faz de la tierra les aportaría cierto alivio a ellos y a cuantos habían visto su vida manchada por John Grady. Incluso Matheson debía de haber empezado a replantearse el deseo de conservarla a modo de monumento ahora que la casa había ampliado de algún modo su radio de acción y la vida de una niña desconocida estaba bajo su influencia.

—¿Tienes alguna otra cosa que contarme? —pregunté.

—No hay mucho más que decir —respondió Clem—. Grady era una hoja en blanco. Ni siquiera sé si ese era su verdadero nombre. Sus huellas no aparecieron en los archivos, y después de su muerte nadie se presentó a reclamar los restos. Le costó al estado un entierro y una cruz barata. —Apartó la botella de cerveza—. No sé por qué la he pedido. Si bebo más de una botella de cerveza por la tarde, me paso el resto del día amodorrado. Ya empieza a costarme pensar en los detalles que pudieran serte útiles. Supongo que lo único que puedo añadir es que

nos llevamos de la casa cierto material, básicamente libros..., y ahí sí se produjo una situación un tanto rara.

—¿Rara en qué sentido?

—Todo era en plan magia negra. Ya me entiendes: brujería, demonios, esos dibujos en forma de estrella.

—Pentagramas.

—Exacto. ¡Claro, cómo no ibas a saberlo! Y no eran baratijas, no. Algunos de esos libros eran bastante antiguos. Por lo que supe, al venderlos sacaron un buen dinero para las viudas y los huérfanos.

—¿Los vendieron?

—Bueno, para empezar no había ninguna razón para quedárselos, porque Grady había muerto y no iba a celebrarse juicio ni nada por el estilo. Alguien los arrinconó y se olvidó de ellos, y permanecieron en un sótano veinte años. El otoño pasado hubo limpieza general. Yo me acerqué a echar un vistazo por si había algo digno de conservarse a modo de recuerdo. Aparecieron esos libros, y alguien decidió solicitar una valoración. Hicieron correr la voz entre unos cuantos anticuarios del estado, y al día siguiente literalmente se presentó un tipo a echarles una ojeada. Ofreció mil dólares por el lote completo y se marchó de allí con todo al cabo de cinco minutos.

—¿Sabes quién era?

—Puedo averiguarlo ahora mismo si quieres.

Sacó el móvil y marcó un número de teléfono.

—Ya ves que le saco partido a esto —comentó mientras esperaba a que contestasen—. Hola, ¿puede ponerme con el inspector Brian Harrison, por favor?

Yo no conocía a Harrison. Se puso al aparato y, por un momento, Clem y él intercambiaron saludos y se pusieron al corriente de las noticias respecto a amigos comunes. Al final, Clem le preguntó por la venta de los libros de Grady. Después de unos cuantos «ajá» dio las gracias a Harrison, le prometió quedar un día a tomar una copa con él y colgó.

—¿Cómo no! —exclamó—. También aquí tenía que haber magia negra de por medio. El comprador de los libros declaró que trabajaba para Bowe & Heinrich. Se presentó como sobrino de Milton Bowe.

Bowe & Heinrich eran unos conocidos anticuarios con sede en Bangor, especializados en libros raros.

—¿A ver si lo adivino? —dije—. Bowe & Heinrich no sabían nada de él.

—Milton Bowe llegó a la jefatura de la policía estatal al día siguiente para examinar los libros en persona, pero para entonces ya no estaban. Se pilló un buen cabreo. No le gustó nada la idea de que un bicho raro se hiciera pasar por sobrino suyo, ni que le arrebataran los libros ante sus mismísimas narices.

—¿Un bicho raro?

—Parecía un vagabundo. Por lo que sé, es lo normal entre algunos de esos

coleccionistas. Gastan más en libros y antigüedades que en ropa. El tipo ese llevaba un abrigo viejo y un zapato que hablaba. Pero pagó en efectivo, eso sí: diez billetes de cien dólares, que probablemente fue más de lo que habría pagado Bowe, el muy roñica. Si ese tipo cometió algún delito, fue un delito sin víctima.

No necesité preguntar a Clem nada más sobre el comprador. Ya sabía quién era.

—¿Ya has decidido cómo vas a manejar el asunto? —quiso saber Clem.

Contesté con evasivas. Aún no sabía bien qué podía hacer, aparte de hurgar en viejos recuerdos y quedarme mirando mientras en la casa Grady se posaba el polvo levantado.

—En fin, si necesitas ayuda, avísame —se ofreció Clem.

Nos pusimos en pie para marcharnos. Pese a mis anteriores pullas a Clem respecto a su riqueza, eché mano de la cuenta.

—Ya está pagado —dijo—. He dejado la tarjeta de crédito detrás de la barra.

—No hacía falta.

—Oye, ha sido un placer verte. Hoy día no tengo ocasión de hablar con alguien treinta años más joven que yo muy a menudo. Así dejo de sentirme como un viejo carcamal durante un rato.

Había refrescado. Mi aliento quedó flotando en el aire vespertino como una promesa incumplida.

—¿Has vuelto alguna vez a la casa Grady? —pregunté a Clem mientras nos dirigíamos hacia nuestros respectivos coches.

—No. No tengo ningún motivo para ir allí. Y si tuviera que volver, no me quedaría mucho tiempo. Hay algo malsano en el ambiente de esa casa. Tú has estado allí, ya sabes de qué hablo. Me consta que no es así, pero casi diría que hay sustancias químicas en las paredes y el suelo. En los días posteriores a la muerte de Grady, casi todos los hombres que pasaron un rato dentro de la casa se quejaron de náuseas y vómitos. Yo tuve después dolores de cabeza durante semanas. De aquello hace ya más de veinte años. Puede que ahora el olor ya no sea tan intenso, pero estoy seguro de que aún se nota.

Al oír sus palabras, recordé mi propia desorientación después de pasar unos minutos en la casa Grady. Clem tenía razón. Lo que había contaminado la casa, fuera lo que fuese, seguía presente, sujeto a un proceso de lenta descomposición, como la semivida de un desecho radiactivo.

Nos despedimos en Commercial. Clem me estrechó la mano firmemente entre las suyas.

—Nada de «si al menos» —dijo—. Recuérdalo. No permitas que le pase nada a esa niña. Ya hay demasiados niños perdidos. Tú lo sabes mejor que nadie. Hay demasiados niños perdidos...

Esa tarde fui en coche a Brewer. Ray Czabo, alias Vudú, y su mujer se habían trasladado a Maine para que ella pudiera estar cerca de su madre, lo que demostraba que Ray, además de ser un tanto desagradable, era un cretino. Cuando una mujer como Edna Czabo te dice que quiere estar más cerca de su madre, vale más que empieces a liar los bártulos y buscar un piso de soltero, porque de eso no puede salir nada bueno. Según rumores, el matrimonio de Ray Czabo hacía aguas.

Ray era un hombre escuálido que vestía con pulcritud, olía bien y, cuando se terciaba, podía exhibir cierto encanto superficial, pero su fascinación por el sufrimiento ajeno y el placer que indirectamente obtenía de ello lo situaba a un par de peldaños por debajo de la moscarda en la escala moral. Yo no había tenido el honor de conocer a la señora Czabo, pero, por lo que sabía, Ray era una grata compañía en comparación con ella.

Había dos vehículos en el camino de acceso, un utilitario Nissan y un Firebird trucado, cuando me detuve frente a la anodina casa de una sola planta de los Czabo, rodeada de casas igualmente anónimas con la pintura sólo un poco más reciente. En el jardín, el césped estaba descuidado y raleaba, y los árboles y arbustos que lo circundaban no habían sido podados ese año. La luz ya menguaba cuando me acerqué a la puerta y llamé al timbre. Al cabo de un par de minutos abrió una mujer con un albornoz azul claro. Iba descalza, tenía el pelo alborotado y sostenía una colilla humeante entre los dedos. Advertí restos de carmín en las comisuras de sus labios, y cierta rojez e irritación en la piel de sus mejillas y su mentón.

—¿Señora Czabo?—dije.

—Yo misma.

Acabó de fumarse el cigarrillo, pareció buscar un sitio donde apagarlo y finalmente se conformó con lanzarlo al portal ante mis pies. Lo pisé por ella.

—Busco a su marido.

—¿Quién es usted?

Le enseñé la licencia.

—Me llamo Charlie Parker. Soy investigador...

—Sí, ya, lo conozco de sobra. Usted es el que le rompió la nariz a Ray.

—Yo no le rompí la nariz. Chocó contra una pared.

—Chocó contra una pared porque huía de usted.

Eso tuve que admitirlo.

—Así y todo, necesito hablar con él.

—¿Qué ha hecho ahora? ¿Desenterrar un cadáver?

—Sólo quiero hacerle unas preguntas. No está metido en ningún lío.

—Bueno, es igual, Ray ya no vive aquí. Se mudó hace un par de meses.

—¿Sabe por dónde anda?

Se hurgó algo entre los dientes. Al retirar los dedos de la boca, sostenían un pelo corto. Procuré no pensar en su posible procedencia.

—Él se dedica a lo suyo, y yo a lo mío. Sus asuntos me traen sin cuidado.

Oí la cadena de un inodoro dentro de la casa, y enseguida apareció un hombre con una toalla ceñida a la cintura. Contaba unos diez años menos que la señora Czabo, por lo que debía de ser aproximadamente de mi edad, pero se lo veía más fornido y fuerte que yo. Lanzándome una mirada, le preguntó a ella si había algún problema.

—Ya gritaré si te necesito —contestó la señora Czabo. Con su tono dejó muy claro que sería un día aciago aquel en que necesitara su ayuda.

—Sólo quiero una dirección —insistí.

La señora Czabo movió la cabeza en un gesto de negación.

—Soplapollas —dijo—. ¿Me ha oído? —Habló en voz baja, y percibí el olor a rancio de su aliento—. Según Ray, era usted un soplapollas, y no le faltaba razón. Lo es. ¿Qué tal si se larga de una puta vez y nos deja en paz?

—Caray —dije—. Es usted una señora la mar de simpática.

Por si no me había quedado claro en qué consistía ser un soplapollas, lo expresó gráficamente mediante mímica usando la lengua y la mano derecha. Acto seguido, me dio con la puerta en las narices.

Mientras recorría el sendero del jardín de Edna Czabo sonó mi móvil. No reconocí el número en el visor de identificación de llamada. Resultó ser Denny Maguire.

—¿Puede hablar? —preguntó.

Me recosté en el coche y dirigí la mirada hacia la casa de Czabo. Observé un ligero movimiento en una de las ventanas delanteras.

—Sí, claro —respondí.

—Mire, puede que no sea nada importante. Cuando hablamos, me preguntó si recordaba algo de lo que dijo Grady en ese sótano. Como ya le expliqué, yo estaba medio grogui cuando me rescataron, así que todo fue muy confuso, pero en algún momento dijo que tenía miedo, de eso sí me acuerdo.

—¿Miedo de qué?

—Dijo que iba a ser castigado por lo que les había hecho a los otros niños, y por lo que al final me haría a mí, supongo. Dijo que estaba condenado, pero que no se rendiría sin luchar. Me explicó que había tomado precauciones. No supe a

qué se refería. Después pensé que hablaba de la puerta del sótano, que había reforzado, pero ahora ya no estoy tan seguro. —La cortina volvió a moverse en la ventana delantera, esta vez con mayor brusquedad—. Siempre tenía las manos manchadas de pintura negra —prosiguió Denny— y se pasaba el día empapelando paredes y trabajando en la casa. Recuerdo que cubrió casi todas las paredes durante el tiempo que yo permanecí retenido en el sótano, porque prácticamente había terminado cuando la policía vino por él. Me fijé también en otros detalles, detalles raros. Durante los primeros días había un montón de huesos en el rincón del sótano. Me dijo que eran de perros. Más adelante se los llevó y los enterró.

—¿Eso se lo contó él?

—Sí. Tenía las manos sucias y debió de darse cuenta de que yo se las miraba. Me explicó que había estado trabajando en el jardín, enterrando los huesos. Fue entonces cuando empezó a hablar de las precauciones que había tomado, y de que no iba a permitir que lo sacaran de su hogar sin presentar batalla.

La puerta de la casa de Czabo se abrió y en el umbral apareció el mismo hombre fornido de antes. Ahora vestía unos vaqueros holgados y una sudadera con capucha. Calzaba unas zapatillas gastadas.

—No sé si algo de esto puede ser útil —dijo Denny.

—Es posible que sí —contesté—. Mire, Denny, ahora tengo que colgar, pero gracias por contármelo. Lo tendré informado.

Corté la comunicación en el preciso instante en que aquel hombre, el supuesto amante de Edna Czabo, llegaba al final del sendero.

—¿Con quién hablabas? —preguntó. Tenía una voz un poco más aguda y débil de lo que esperaba.

—Con tu madre —respondí—. Dice que vayas a casa y dejes de andar tirándote a las mujeres de otros. Ah, y quiere que en el camino compres un poco de leche.

Me dio la impresión de que no le complacía mucho la respuesta, pero no hizo ademán de moverse, aunque advertí que contraía involuntariamente los puños. Quizás era más listo de lo que parecía, y en tal caso yo no acababa de entender qué hacía con Edna Czabo.

—¿Para qué buscas a Ray? —quiso saber.

—Tengo que preguntarle un par de cosas. No ha hecho nada por lo que deba preocuparse. Espero.

—Ray no viene mucho por aquí.

—¿Lo has ahuyentado tú?

—Entre Edna y él todo ha terminado. Se marchó.

—Eso me ha dicho ella. ¿Sabes dónde está?

—Según Edna, anda por Bangor. No sé dónde.

—Eso no es de gran ayuda —dije—. Y si no has salido aquí para ayudarme,

¿para qué has salido?

Con un gesto parco, señaló en dirección a la casa y a la mujer que había dentro.

—¿Te manda ella para que me metas miedo? —pregunté.

Tuvo la decencia de abochornarse.

—Sencillamente no queremos problemas. Yo en particular no quiero problemas.

Lo calé en el acto. Por lo general, un hombre que dice que no quiere problemas es porque ha experimentado problemas ya antes, y prevé experimentarlos de nuevo en el futuro. Si Ray Czabo había cometido algún desliz, yo podía ser sólo el primero en presentarse ante la casa de su mujer, y quizá detrás de mí aparecerían otros muchos, entre ellos la policía.

—¿Te llamas de alguna manera? —pregunté.

—Tillman —respondió—. Casey Tillman.

—¿Eres familia de Gunnar Tillman?

Asintió con la cabeza.

—Es mi viejo.

—Ya decía yo que te notaba un parecido.

Gunnar Tillman era un elemento de cuidado, la clase de maleante de poca monta que ciudades como Bangor escupen de vez en cuando como trozos de pescado podrido. Andaba metido en drogas, en prostitución y quizá también, alguna que otra vez, en el tráfico de inmigrantes a través de la frontera canadiense, si había que dar crédito a la rumorología. Ahora entendía por qué su hijo no deseaba que la policía husmease en sus asuntos.

—¿Lo ves mucho? —pregunté.

—Lo menos posible.

Me pregunté si sería verdad. Por lo que había oído de Gunnar Tillman, era él quien tomaba las decisiones en cuanto a su nivel de implicación en la vida de los demás. Y me parecía más que dudoso que aceptase el menor rechazo por parte de su propio hijo.

Entregué mi tarjeta a Casey Tillman.

—Si te acuerdas de algo, o si tienes noticias de Ray, házmelo saber. No te he mentado: Ray no está en ningún aprieto, que yo sepa, pero necesito hablar con él. Si te portas honradamente conmigo, no diré nada de ti a la policía a menos que las circunstancias cambien y sea inevitable.

Tillman se metió la tarjeta en un bolsillo de los vaqueros.

—Un coche bonito —comentó, señalando mi Mustang con el mentón—. Yo tengo un taller mecánico en Orono. Si alguna vez necesitas una reparación, llámame. Sale en la guía a mi nombre.

Dicho esto, se volvió y regresó a la casa. Edna Czabo salió a la puerta a recibirlo. Me pregunté si no deberíamos haber escenificado una pelea, sólo por

salvar las apariencias. Me limité, no obstante, a aparentar cierta agitación. Ella pareció darse por satisfecha, pero me dirigió otro gesto oralmente insinuante antes de cerrar de un portazo, por si se me había olvidado de cuál era mi lugar.

Conseguí las nuevas señas de Ray Czabo por medio de un inspector del Departamento de Policía de Bangor llamado Jeff Weis. Ray tenía por costumbre repartir tarjetas de visita con la esperanza de que alguien le pasara el aviso si surgía algo jugoso. Por norma, nadie lo hacía, ya que entre la policía de Maine casi todo el mundo consideraba a Ray Vudú un hombre de tan poca talla moral que podría haber ido a lomos de una rata, pero su capacidad para el optimismo era como mínimo admirable. Desde su separación, vivía en la planta baja de un bloque de apartamentos situado a un paso del campo de golf municipal de Bangor. Era uno de esos sitios donde los niños iban en bicicleta por los pasillos y se percibía en el aire un continuo olor a grasa quemada. No obtuve respuesta cuando llamé al timbre, así que rodeé el edificio hasta la parte delantera y escudriñé el interior del apartamento a través de una ventana. Ví un televisor, unas cuantas revistas de sucesos en una mesa de centro y pilas de cajas de cartón llenas de carpetas. Algunas de las cajas en lo alto de las pilas estaban volcadas y el contenido había quedado esparcido en el suelo. Eso no casaba con la personalidad de Ray Czabo. Él era un hombre metódico. Me constaba por mi encuentro personal con él aquella vez en que, mientras le sangraba aún la nariz tirado en el suelo, tuve que obligarlo a devolverme el recuerdo que se había llevado de mi casa. Entonces no había en su despacho nada fuera de sitio. Todo estaba limpio, sin una mota de polvo.

Ví que había dejado un poco abierta la ventana superior para permitir la entrada de aire. Echando una ojeada alrededor, me cercioré de que nadie miraba; a continuación, me calcé los guantes y me encaramé al alféizar. Introduje el brazo para recorrer el pestillo de la ventana principal y entré en el apartamento de Ray Vudú. Dentro hacía frío. La cama del único dormitorio estaba impecablemente hecha, y la cocina se veía en orden salvo por una taza en remojo en el fregadero. El paño de cocina colocado en el escurridor estaba totalmente seco, al igual que la toalla colgada detrás de la puerta del cuarto de baño. Tal vez Ray no se duchaba mucho, o tal vez hacía tiempo que no pasaba por casa.

Examiné los papeles caídos al suelo. En su mayor parte eran crónicas de delitos graves recortadas de periódicos y revistas, algunas con hojas de anotaciones a mano adjuntadas por Ray. Uno o dos casos me sonaban; los otros no, porque eran de fuera del estado. Aparte de las carpetas en desorden, en el apartamento no había nada sospechoso. Cerré la ventana y fui hacia la puerta con la intención de salir. Tropecé con algo ligero, que giró por la moqueta y

rebotó en la pared.

Recogí del suelo un pequeño cilindro de plástico negro. Era el estuche vacío de un carrete fotográfico.

Papeles tirados por el suelo y el estuche de un carrete junto a la puerta eran detalles menores, y podría no haberles concedido importancia y considerarlos descuidos de un hombre con prisas. Y si era cosa de Ray, me pregunté por qué se habría marchado con tal precipitación, y si las fotografías que había tomado incluían acaso la de una niña con un bate de béisbol en la mano. No había visto equipo de revelado en el baño de Ray, pero eso no significaba que él no fuera el autor de la fotografía. La otra posibilidad era que alguien hubiese registrado el apartamento de Ray antes que yo, y que entre los objetos que esa persona se hubiese llevado se incluyese al menos un carrete de película fotográfica.

Salí del apartamento, cerré con toda la delicadeza posible y, por si Ray volvía, dejé mi tarjeta pasándola por debajo de la puerta. Aún tenía unas cuantas preguntas que hacerle sobre la casa Grady. Cuando me erguí, la puerta de enfrente se abrió y un anciano vestido con una camisa azul limpia me escudriñó desde detrás de una cadena de seguridad.

—Avisaré a la policía —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

Me miró con los ojos entornados.

—Usted no debería estar ahí. Ése es el apartamento del señor Czabo.

No pude por menos de admirar al viejo. En lugares como aquél eran pocos los que tenían el valor de salir en defensa de sus vecinos.

Le enseñé la licencia.

—Soy investigador privado. No me han abierto y he pensado en dejarle mi tarjeta a Ray.

El viejo me hizo una seña con la mano. Le entregué el billetero. Lo observó por un momento, apretó los labios mientras evaluaba su autenticidad y por último me lo devolvió.

—Parece que es honrado —dictaminó.

—Gracias —respondí—. ¿Ha visto por aquí al señor Czabo últimamente?

El viejo movió la cabeza en un gesto de negación.

—No, hace ya un tiempo que no lo veo. La última vez fue cuando tuvo el problema.

—¿El problema?

—Vinieron dos hombres, uno pequeño y uno grande. El pequeño era el más viejo, pero no tanto como yo. Le estuvieron gritando al señor Czabo y luego salieron y le dieron patadas a su coche. También entonces pensé en llamar a la policía, pero el señor Czabo me pidió que no lo hiciera. Dijo que era un malentendido.

—¿Y eso cuándo fue?

—No hace mucho. Unas tres semanas, aproximadamente.

—¿Recuerda algo más de los hombres en cuestión?

—El mayor era bajo, con el pelo blanco y rizado, y demasiadas cadenas de oro para un hombre de su edad. El otro era sencillamente enorme. Sin cuello. Parecía un salto atrás a los tiempos de los cavernícolas.

Por la descripción, deduje que el mayor era Gunnar Tillman. Imaginé que el acompañante era un esbirro.

Volví a dar las gracias al vecino de Ray Vudú.

—Bueno —dijo cuando se disponía a cerrar la puerta—. Para mí esto es importante. El barrio se irá a la mierda si no cuidamos los unos de los otros.

—Es usted una especie en extinción —comenté.

—Quizá, pero todavía no estoy muerto —respondió y cerró la puerta.

A unos dos minutos del apartamento de Ray había un centro comercial que giraba en torno a una gran tienda de parafarmacia, cosmética y fotografía. Era sólo una remota posibilidad, pero entré en el aparcamiento y detuve el coche frente a la tienda. La sección de revelado estaba junto a las cajas registradoras a cargo de un adolescente en apariencia aburrido que vestía un polo de color amarillo intenso.

—Hola —saludé—. Creo que mi mujer dejó unas fotos aquí hará cosa de una semana. No encontramos el resguardo, pero estamos muy interesados en recuperarlas.

—¿Seguro que las dejó aquí?

Puse en práctica mi mejor imitación del marido frustrado.

—Ella cree que las trajo aquí a revelar, sí. Ahora anda un poco alterada. Esperamos nuestro primer hijo.

No habría sabido decir qué era peor, si mentir o adornar la mentira con la verdad. Al dependiente tanto le daba.

—¿A qué nombre? —preguntó.

—Czabo.

Con manifiesto hastío, empezó a pasar los sobres que tenía tras el mostrador. Se detuvo hacia la mitad y extrajo dos del archivador.

—Czabo —dijo—. Dos carretes.

No me pidió que me identificara. Le di las gracias y pagué. Acto seguido me marché de la tienda sintiéndome como un espía.

Abri los sobres en el coche. Una serie de fotografías contenía imágenes de los amigos de Ray en un bar, un par de paisajes vacíos que podrían haber sido

escenarios de algún crimen o un intento por parte de Ray de entrar en contacto con la naturaleza, y dos fotos de los daños ocasionados al guardabarros de un automóvil verde que probablemente era de Ray. Supuse que eran el resultado de las patadas de Gunnar y su matón. Los daños no parecían muy graves, y las fotos debían de ser para el seguro.

La segunda tanda de fotografías se iniciaba con cinco escenas en la casa de Ray, la que ahora ocupaban su mujer y el gigoló de ésta. Casey Tillman aparecía en todas las imágenes, casi siempre entrando o saliendo de su coche, o saludando a Edna Czabo con un beso y un abrazo. Por lo visto, Ray no se alegraba tanto del distanciamiento entre su mujer y él como parecía alegrarse ella.

Casey salía también en otras dos fotografías, éstas tomadas frente al taller mecánico que llevaba su nombre. Lo acompañaban otros dos hombres. Uno parecía el Eslabón Perdido, en el supuesto de que el Eslabón Perdido hubiese aprendido a atarse los cordones de los zapatos. El otro era Gunnar Tillman. Era mucho más bajo que su hijo, y el poco peso corporal que acarrea era más músculo que grasa. Tenía el pelo rizado y blanco, en atractivo contraste con su bronceado invernal. Vestía un jersey con el cuello en pico y un pantalón de chándal reluciente. Las joyas de oro brillaban al sol en su muñeca y alrededor de su cuello. Obviamente, Gunnar Tillman compraba en Glamour Macarra.

No era buena idea por parte de Ray Czabo andar sacándole fotografías clandestinas a Tillman, pero quizá esperaba recuperar a su mujer demostrándole que su amante no había roto relaciones por completo con su padre delincuente. Por alguna razón, sospeché que Ray se agarraba a un clavo ardiendo. Edna Czabo tenía un nuevo hombre en su vida, uno mucho más joven que el anterior y con cierta personalidad. Dado que ella no aspiraba a la presidencia del Gobierno, ni comandaba la tropa local de Girl Scouts, dudé que le preocupara mucho que Tillman se reuniera con su viejo de vez en cuando.

Las últimas fotografías eran de la casa Grady, tomadas desde todos los ángulos posibles salvo colgado cabeza abajo de un bajante. Según la fecha digital impresa en la esquina derecha de las fotos, eran de hacía un par de semanas, y habían sido hechas en el espacio de unos quince minutos. Ray había conseguido fotografiar incluso el interior de la casa a través de las rendijas entre los tablones de las ventanas tapiadas. Las miré por encima una vez, sin ver nada destacable. Las observé de nuevo, ahora más despacio, y advertí un detalle en la penúltima que me obligó a detenerme.

Era la que Ray había tomado acercando la cámara a los tablones. La mayor parte de la imagen estaba velada por el reflejo del flash en el cristal, pero el lado izquierdo había quedado relativamente claro. Mostraba el espejo de la pared del recibidor, el mismo que yo había visto al entrar en la casa.

En él se veía reflejada la silueta de un hombre. Sólo distinguí su espalda, cubierta por una chaqueta oscura, pero no se le veía la cara. Su reflejo no miraba

a la cámara. Revisé las imágenes una vez más para confirmar lo que había visto y luego las dejé a un lado.

En las fotografías de Ray Czabo, todas las puertas y ventanas de la casa Grady estaban claramente cerradas desde el exterior. Era imposible que hubiera alguien dentro.

Y sin embargo había alguien.

Esa noche Rachel se quejó de dolor de estómago, así que la llevé al Maine Medical y pasé dos horas en la sala de espera mientras la reconocían. Hojeé los periódicos durante un rato, pero parecían llenos de sufrimiento y no necesitaba leer sobre gente que moría mientras Rachel estaba dolorida.

Al final los médicos la dejaron salir. Nos dijeron que no había nada de que preocuparse y que todo parecía en orden. Llegamos a casa a eso de las dos de la madrugada y Rachel empezó a llorar poco después. No pude consolarla, y por lo visto ella no se sentía capaz de hablar. Así pues, la tuve entre los brazos hasta que el llanto cesó y por fin la venció el sueño, intercalándose en sus últimos momentos de vigilia leves hipidos y sollozos.

A la mañana siguiente se comportó como si nada hubiera pasado, y no supe qué más hacer, aparte de dejarla en paz.

Poco después de las diez de la mañana llegaron al aeropuerto de Portland, conocido oficialmente como Portland International Jetport, nombre que suena un poco a Buck Rogers pese a que futurismo y Portland son conceptos que no casan bien. Y a mí en cierto modo me gusta así.

Se les notaba el paso de los años, advertí. Se nos notaba a todos. Cierto era que los cambios en Ángel, las nuevas arrugas en el rostro fruto del dolor y el gris que se propagaba por el pelo, antes negro azabache, eran demasiado repentinos para pasar inadvertidos, pero su compañero también había encanecido un poco. La barba satánica de Louis presentaba ahora motas blancas aquí y allá, y el gris salpicaba considerablemente su cabello. Me sorprendió mientras lo miraba.

—¿Qué? —dijo.

—Te están saliendo canas por un tubo —comenté.

—No lo creo.

—Lamento tener que darte la noticia.

—Como he dicho, me parece que te equivocas.

—Puedes tomar medidas. No tienes por qué quedarte cruzado de brazos esperando a que ocurra.

—No tengo por qué quedarme cruzado de brazos sin hacer nada, porque no va a ocurrir nada.

—Vale, vale, si tú lo dices... Pero... ¿sabes una cosa? Si te dejaras crecer un poco el pelo, podrías ofrecerte como doble de Morgan Freeman.

—Eso no es mala idea —terció Ángel—. Morgan ya no es tan joven. Seguramente los estudios pagarían una buena cantidad de dinero por alguien más joven que sólo parezca tan viejo como Morgan Freeman.

Louis se detuvo en la salida de la terminal.

—¿Vas a enfadarte? —pregunté.

—Quizá sólo se le ha olvidado adónde va. Esas cosas pasan cuando te haces...

Para ser el mayor de los dos, Ángel aún tenía buenos reflejos cuando quería, y gracias a eso la bolsa Cole Haan de Louis no lo alcanzó por escasos centímetros.

Por primera vez.

Nos sentamos a una mesa en el Bayou Kitchen, un pequeño restaurante en el

barrio de Deering que hasta fecha reciente sólo abría para el almuerzo pero ahora también ofrecía cenas los fines de semana. Tenía cabida para unos veinte comensales, y en la barra abundaban las salsas con rótulos en los que se advertía que su consumo no era aconsejable para mujeres embarazadas o personas con afecciones cardíacas. Se comía bien, y en invierno acudían allí sobre todo los lugareños.

Ángel todavía se frotaba de vez en cuando la espinilla y lanzaba miradas de resentimiento a Louis, así que el esfuerzo de mantener viva la conversación básicamente recaía en mí. Les hablé un poco más de la historia de la casa Grady, y de mis entrevistas con el jefe de policía Grass, Denny Maguire y el hijo de Gunnar Tillman, entre otros.

—¿Seguro que Maguire es trigo limpio? —preguntó Louis.

—Yo no percibí nada malo en él.

—¿Le has comentado a Matheson algo sobre él?

—No.

Había hablado con Matheson esa mañana. Me contó que él tenía una llave del sótano de la casa y que, según creía, la policía disponía de otra, pero que al darme a mí un juego no se había fijado en que no incluía una copia. Prometió conseguírmela antes de acabar el día. Me explicó, por otro lado, que había discutido a gritos con el jefe Grass cuando éste puso en duda la sensatez de contratarme.

—Matheson ya está bastante crispado —respondí—. Sólo faltaría que empezara a incordiar a Maguire hurgando en su pasado.

—¿Y qué hay de Czabo?

—Lo consideraría sospechoso, pero aquí no ha habido ningún delito. En todo caso, lo de la foto en el buzón no es su estilo. Es un mirón; no actúa.

—¿Y el de las antigüedades?

—¿El Coleccionista? —Había empezado a pensar en él con ese nombre: al fin y al cabo, no conocía ningún otro—. Me dijo que no tenía nada que ver con la fotografía. Sólo quería un espejo de la casa, pero sabe algo.

—Podría ser un asaltador de tumbas, como Ray Vudú —intervino Ángel.

—A lo mejor, si le das un espejo, te cuenta lo que sabe —sugirió Louis.

—Lo dudo mucho. Además, nada de lo que hay en la casa es mío, así que no puedo dárselo.

—¿Te parece una amenaza, ese individuo?

Levanté las manos.

—¿Una amenaza para quién? ¿Para nosotros? No hemos hecho nada. Por una vez estamos libres de cargas. En este caso nadie nos odia.

—Todavía —precisó Ángel.

—Pero siempre acaba pasando —agregó Louis.

—Si al menos se tomaran el tiempo necesario para conocernos un poco

mejor —dijo Ángel.

—Yo me he tomado el tiempo necesario para conoceros un poco mejor —observé—, y ya veis cómo he acabado. Por cierto, estáis oficialmente incorporados al caso, así que no será una misión benéfica. Matheson ha dado el visto bueno al trabajo de vigilancia.

Louis se terminó su jambalaya, rebañando la salsa y el arroz del plato con un poco de pan recién hecho.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El que haga falta, propone él. Yo le he dicho que le dedicaríamos una semana y después reconsideraríamos nuestras opciones.

—Da la impresión de que podría quedar en nada —dijo Louis—. Una fotografía en un buzón, ¿eso es lo único que tenemos?

Me llevé la mano al bolsillo y saqué una copia de la foto de Matheson. La desdoblé con cuidado y la deslicé lentamente por la mesa hacia ellos.

—Pero ¿queréis correr el riesgo?

Miraron la imagen de la niña. Ángel contestó por ambos:

—No. Diría que no.

Esa tarde pasaron por casa para saludar a Rachel. Ella se mostró un poco distante, pero ninguno de los dos hizo ningún comentario al respecto. Yo pensé que se debía sólo a que estaba cansada después de la noche anterior, pero ése fue el primer indicio de problemas venideros. El dolor y el peligro que sobrellevaba por haberse quedado conmigo, y los temores que sentía por nuestra hija y por ella misma, se le antojaban mayores por la presencia de aquellos dos hombres amigos míos, que siempre acarreaban consigo una violencia potencial. Le recordaban lo que le había ocurrido en el pasado, y lo que podía ocurrirle a la niña que llevaba dentro. Volviendo la vista atrás, quizá también la inducían a reflexionar sobre mis propias cualidades, y la posibilidad de que tal vez yo siempre atrajera a hombres violentos. Rachel ya había intentado explicarme esas cosas antes, y yo había procurado tranquilizarla de la mejor manera posible. Albergaba la esperanza de que, con el tiempo, sus inquietudes se disiparan. Pienso que también era ésa su esperanza, aunque en el fondo temía que ese momento nunca llegase. Deseé preguntarle otra vez por la visita al hospital y el posterior llanto, pero no había tiempo. Opté por abrazarla y decirle que esa noche volvería antes de las doce, y ella me estrechó y me dijo que no me preocupara por ella.

Partí en coche hacia Two Mile Lake cuando la luz vespertina empezaba a atenuarse, seguido por Ángel y Louis. Ya había oscurecido cuando llegamos, y los árboles deshojados dormían sobre nosotros cuando pasamos por delante de la casa Grady y doblamos por el siguiente desvío a la derecha. La carretera nos

llevó a una ruinosa casa de labranza de una sola planta. Al igual que la casa Grady, había sido comprada por Matheson tras la desaparición de su hija. Me daba la impresión de que se proponía aislar toda la zona y protegerla de los posibles expolios de forasteros, como si la pérdida que él había sufrido estuviese unida inseparablemente al tejido mismo de la casa Grady, junto con los campos que la rodeaban y los edificios que habían sido testigos mudos de los hechos acaecidos en sus inmediaciones. Acaso imaginaba a su hija, extraviada y sola, intentando encontrar desesperadamente una puerta de regreso al mundo que conocía, y pensaba que cualquier cambio en el lugar donde había desaparecido le impediría volver; o tal vez aquello no era más que un gran monumento, una ofrenda ornamental en la que los nombres de ella y los otros niños estaban profundamente grabados y sin embargo nunca se veían.

Abrí la puerta de la casa de labranza y guié a Ángel y Louis al interior. La habían limpiado en fecha reciente, porque apenas se veía polvo en ninguna de las superficies. Casi todas las habitaciones estaban vacías, a excepción de la cocina, donde había una mesa y cuatro sillas, y la sala de estar, que contenía un sofá cama y un radiador. En una de las habitaciones habían dejado guardadas varias escaleras de mano y botes de pintura y barniz. En un sobre, dirigido a mí, encontré un juego de llaves de la casa Grady para Ángel y Louis, y una llave suelta con una nota de Matheson que la identificaba como la llave del sótano.

—Bonito —comentó Ángel mientras miraba alrededor—. Muy minimalista.

—¿Quién sabe que estamos aquí? —preguntó Louis.

—Nosotros, y también Matheson.

—¿Y la policía?

—No. Si alguien pregunta, decid que trabajáis en unas reformas de la casa y Matheson respaldará la versión, pero esto apenas se ve desde la carretera, así que no deberían molestarnos. Vosotros dos cargaréis con la mayor parte de la vigilancia: veinticuatro horas de guardia, doce de descanso. Hay un motel a unos cinco kilómetros. He alquilado una habitación allí para la próxima semana. Aquí no hay agua caliente y no podemos arriesgarnos a encender demasiadas luces. En la cocina hay estores opacos, o sea, que si queréis leer, ése es el sitio. Ahí tenéis también radio y televisor.

Los llevé al dormitorio de la parte de atrás. Allí, una única ventana ofrecía una vista de la casa Grady, encuadrada por una brecha entre los árboles. No sería fácil acercarse desde el norte, el sur o el este sin ser visto, y en el lado oeste de la casa no había entradas.

—Ahí la tenéis —dije.

—¿Tú has estado dentro? —preguntó Ángel.

—Sí. ¿Queréis ir a verla?

Entre los objetos proporcionados por Matheson se incluía un plano de la casa. Louis lo extendió en el suelo y lo examinó.

—¿Es exacto?

Lo miré.

—Eso parece. No hay mucho más que añadir. Espejos en las paredes. Algún mueble viejo, pero casi todo arrinconado, así que los espacios están despejados.

Louis se encogió de hombros.

—Puede que vayamos a echar un vistazo a la luz del día si nos aburrimos.

Observamos los contornos de la casa, aún más oscuros contra el cielo nocturno.

—Esperaremos, pues.

—Esperaremos.

Esa noche no ocurrió nada. Me marché a casa para reunirme con Rachel al cabo de un par de horas y regresé a última hora del día siguiente. Eso estableció la pauta para toda la semana. Cuando llegaban a relevarme a veces me quedaba dos o tres horas con ellos, sentado junto a la ventana y charlando con Ángel mientras Louis descansaba o leía, con la casa Grady enfrente como una mano oscura alzada contra el cielo.

Mantener una conversación con Ángel no siempre era buena idea.

—¿Somos Louis y yo los únicos homosexuales que conoces? —me preguntó la segunda noche.

—Desde luego sois los dos homosexuales más irritantes que conozco.

—Aportamos color a tu vida. En serio, ¿tienes algún otro amigo gay?

Me detuve a pensar.

—No lo sé. Tampoco es que llevéis todos pantalones acampanados azul lavanda y camiseta de Village People, u os presentéis diciendo: «Eh, me llamo Dan y soy el homosexual que se te ha asignado simbólicamente esta noche». Igual que yo no me acerco a la gente, le estrecho la mano y digo: «Hola, me llamo Charlie y estoy orgulloso de ser heterosexual». La gente se alarma.

—Yo me alarmaría, eso por descontado.

—Bueno, tú no serías mi mercado objetivo.

—¿Tienes un mercado objetivo? ¿Quiénes son? ¿Los necesitados? Los heterosexuales necesitados. «Los Heterosexuales Necesitados»... parece el nombre de un grupo de rock.

—El caso es que, en respuesta a tu pregunta, no sé cuántos de mis amigos son gays. Un par, quizás. Además, yo no tengo «gaydar». Creo que eso es facultad exclusiva de los homosexuales.

—En mi opinión, el «gaydar» es un mito. Todo se ha vuelto muy confuso ahora que los hombres hetero visten bien y usan productos para el cuidado de la piel. Eso enturbia las aguas, por así decirlo.

Lo miré.

—Pero tú eres gay y no vistes bien. Y si te pones productos para el cuidado de la piel, te los pones en una parte del cuerpo que yo no puedo ver, y no sabes cuánto me alegro de poder decir eso.

—¿Insinúas que parezco hetero? Si parezco hetero, ¿cómo es que ninguna mujer hetero intenta ligar conmigo?

—Con esa pinta, date por afortunado si alguna vez ha intentado alguien ligar contigo. No culpes a las mujeres hetero de mantener las distancias.

Ángel sonrió.

—Sin embargo, sí te alegras de llamarme « amigo ». —Alargó el brazo y me dio unas palmadas.

—Yo no he dicho que me alegrara de eso, y quitame las manos de encima. Sospecho dónde han estado antes.

Se echó atrás.

—¿Rachel y tú estáis bien? —preguntó.

—La otra noche nos llevamos un susto. Tuvo unos dolores. Los médicos la examinaron y dijeron que no había ningún problema.

—La he notado un poco rara con nosotros. Distante.

—Fue una noche larga.

—¿Estás seguro de que fue sólo eso?

—Sí —contesté—. Casi seguro.

Cuando estaba allí solo, me mantenía alerta con una radio y cafeína, o me despejaba un poco la cabeza dando un paseo por la propiedad si tenía la certeza de que todo estaba en calma. Una o dos veces vi al agente O'Donnell llevar a cabo una expeditiva inspección de la casa Grady, pero sin levantar la vista siquiera en dirección a la casa de labranza en lo alto de la colina.

El séptimo día, cuando me dirigía a casa, recibí una llamada del inspector Jeff Weis, el policía que me había facilitado la nueva dirección de soltero de Ray Vudú.

—Me juego algo a que no has tenido suerte buscando a Ray Czabo —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque acaban de encontrarlo.

Me detuve en el arcén de la carretera.

—Algo me dice que no voy a tener ocasión de hablar con él en breve —comenté.

—No a menos que seas médium. El *sheriff* del condado de Somerset ha telefoneado hace cosa de una hora. El cadáver estaba enterrado cerca del río Little Ferguson, a tres o cuatro kilómetros al este de Harmony. Por lo que se ve, ya llevaba allí un tiempo, así que probablemente quedas libre de toda sospecha.

—No sabía que fuera sospechoso.

—Ahí tienes: eras inocente y ni siquiera lo sabías.

Di las gracias a Weis por el dato, volví a la carretera y me encaminé hacia Harmony. No me costó mucho dar con el lugar del hallazgo. Me limité a seguir a un coche patrulla de la policía estatal hasta llegar a un grupo de vehículos estacionados junto a un pequeño puente metálico adyacente a Main Street Road. Intenté localizar a algún conocido, pero no me sonaba ninguna cara. Opté, pues, por enseñar mi licencia al ayudante del *sheriff* del condado de Somerset que quería obligarme a seguir adelante, y le pedí que me permitiera hablar con el inspector responsable del caso. Al cabo de unos minutos, un hombre tirando a calvo con un anorak azul se separó del grupo que estaba en la margen del río y se acercó a hablar conmigo.

—¿En qué puedo ayudarle?—dijo.

—Soy Charlie Parker —me presentó.

Asintió. Una de las ventajas de granjearse una reputación en Maine era, para bien o para mal, que la mayor parte de los policías conocían mi nombre.

—Bert Jansen —contestó—. Está usted fuera de su territorio.

—Voy de aquí para allá. —Señalé hacia la orilla del río—. Me he enterado de que posiblemente han encontrado a Ray Czabo.

Jansen no respondió de inmediato, pero al parecer llegó a la conclusión de que daba igual y repitió el nombre de Ray.

—¿Qué interés tiene en Czabo?

—Fui a su casa hará una semana. Su mujer me dijo que se había mudado, pero cuando me presenté en su nuevo apartamento, nadie abrió. Dejé mi tarjeta. La encontrarán debajo de la puerta cuando vayan a registrarlo.

—¿Y por qué lo buscaba, y a para empezar?

Decidí que no ganaba nada con ocultarle información a Jansen.

—Trabajo para un tal Matheson. Su hija murió en la casa Grady. Matheson cree que alguien puede estar desarrollando un interés malsano por la casa, y la policía local, según me contaron, había ahuyentado a Ray de la propiedad un par de veces. Quería preguntarle qué hacía allí, o qué había visto en sus visitas a la casa.

Jansen sacó su cuaderno y comenzó a escribir.

—¿Y eso cuándo fue?

—El miércoles hará una semana.

Volví a tomar nota y después me preguntó si no me importaba quedarme por allí un rato. Contesté que no tenía inconveniente.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo llevaba bajo tierra?

—No. A ojo, calculo que una semana o más. Está bastante hinchado.

—¿Causa de la muerte?

—Tres tiros en la cabeza. Con heridas de entrada cercanas, sin orificios de salida. Extrayendo el cerebro, podría usarse el cráneo como bola para jugar a los

bolos. Calibre 22, probablemente.

Yo nunca había sentido gran aprecio por Ray Czabo, pero no merecía acabar muerto. Tres tiros en la cabeza parecían también una exageración. Con un calibre 22, la bala iría de aquí para allá en el interior, desgarrando tejidos hasta perder impulso. Ray debía de haber irritado mucho a alguien para terminar con tres de ellas en el cráneo.

—Imagino que no lo mataron aquí.

—Yo diría que no. Es mucha distancia para transportar a alguien con la única intención de pegarle un tiro. Nuestra hipótesis es que lo mataron en otro sitio y luego lo trajeron y lo dejaron en una tumba no muy profunda. Un perro desenterró la mano. Hace tiempo que no llueve, pero no tardará en caer agua a jarros.

Adiviné qué estaba pensando Jansen. Vendrían las lluvias y el río crecería y cubriría el lugar del enterramiento. Más tarde, al entrar el invierno, se helaría hasta marzo, quizás incluso abril. Para cuando llegase el deshielo, no quedaría prueba alguna de que la tierra hubiese sido removida.

Regresé a mi coche, encendí la radio y escuché la NPR hasta que llegó la forense. La observé mientras descendía hacia el cuerpo y después, finalmente, el cadáver fue retirado de la margen del río dentro de una bolsa blanca. Jansen se acercó a hablar conmigo al cabo de un momento y me informó de que, según la estimación de la forense, Czabo llevaba unas dos semanas bajo tierra; luego me dejó marchar. Telefoné a Rachel, la avisé de que llegaría un poco tarde. A continuación me puse de camino a Orono.

Orono es una ciudad universitaria que alberga parte de la Universidad de Maine. El ambiente crea una sensación de intimidad y la mayoría de la gente se conoce por el nombre, con lo que el primero a quien paré pudo darme indicaciones para llegar al taller de Casey Tillman.

Lo segundo que advertí al llegar allí fue la presencia de un Lexus aparcado fuera. Lo primero, fue la presencia del Eslabón Perdido, que tuvo que hacerse a un lado para que yo viera el Lexus. Eslabón no medía mucho más de un metro ochenta, pero posiblemente medía eso mismo de contorno. Su cabeza parecía demasiado pequeña para el resto del cuerpo —de hecho, parecía demasiado pequeña sin más—, pero sospeché que no había sido contratado por la capacidad de su cerebro. Tenía unos rasgos ligeramente asiáticos y el pelo oscuro, que llevaba recogido en una coleta. En apariencia, había ido de compras a la misma tienda para macarras que su jefe, sólo que su ropa procedía de la sección de «tallas especiales».

—Ya hemos cerrado —dijo cuando me apeé del Mustang—. Vuelva en otro momento.

—He venido a ver a Casey —aclaré—. No te lo habrás comido, ¿eh?

Eslabón pestañeó. Imaginé que era de esos que oían un chiste a las doce de la

noche y empezaban a reír a las ocho del día siguiente. Avancé hasta la entrada del taller. Con movimientos torpes, Eslabón me cortó el paso mediante el simple método de plantarse se ante mí e hincarme el dedo índice en el pecho. Sin estirar apenas un músculo, casi me mandó volando a la alcantarilla.

—¿Eres duro de oído? —preguntó.

En el despacho del taller vi a Gunnar Tillman hablar con su hijo. Levantaba la voz y señalaba mucho con el dedo. Casey miró por encima del hombro de su padre, me vio y alzó una mano para interrumpir su invectiva. Gunnar se dio media vuelta y me vio. No pareció alegrarse, pero supuse que no era nada personal. Gunnar Tillman no era un hombre que ejercitase mucho los músculos risorios.

Casey salió de detrás del escritorio y vino hacia mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Ray Czabo está muerto —contesté.

—Lo sé. Me ha telefoneado Edna.

—¿Y tú has llamado a tu padre?

—He pensado que debía saberlo.

Eslabón permanecía a un lado, mirándonos alternativamente a Casey y a mí una y otra vez. Me recordó a mi perro, sólo que sin la facultad de aprender. Estaba por pedirle que no agobiara tanto cuando la cuestión pasó a segundo plano.

Gunnar Tillman se abrió paso a empujones entre Casey y Eslabón. Yo le sacaba doce o quince centímetros de estatura, pero no por eso me sentí más confiado. Podría decirse que Gunnar exudaba malas vibraciones.

—¿Tú quién coño eres? —preguntó.

—Tranquilo, papá, es...

La intervención de Casey quedó atajada de repente por la mano izquierda de Gunnar, que asestó un fuerte bofetón a su hijo en la mejilla derecha. Casey dio un paso atrás. El dolor y la humillación asomaron a sus ojos.

—No hablaba contigo —aclaró Gunnar. Su voz no se alteró en absoluto, como si no hubiese registrado siquiera el golpe que acababa de propinar a su hijo. Volvió a centrar la atención en mí—. Ya has visto lo que me has obligado a hacer —dijo—. Él es mi hijo, y lo quiero, pero me has obligado a pegarle. A ti ni siquiera te conozco, así que más te vale creer que te partiré la cara si no empiezas a contestar a mis preguntas. Y ahora dime: ¿quién eres?

—Me llamo Parker. Soy investigador privado.

—¿Qué más?

—Ray Czabo está muerto.

—¿Y?

—Tu hijo se ve con la mujer de Czabo.

—¿Estás diciendo que él tiene algo que ver con eso?

—No lo sé. ¿Tiene algo que ver?

Gunnar se llevó la mano a la espalda, sacó un arma y me apuntó. La boca del cañón me pareció muy grande y muy negra.

—Eres un puto bocazas —dijo.

Casey intentó calmar a su padre.

—Vamos, papá, por Dios. No hagas eso.

—No tienes derecho a decir cosas así, ¿me oyes? —continuó Gunnar—. Capullo.

Su hijo alargó el brazo y le dio unas palmadas en la espalda, obligándolo a bajar el arma con la mano derecha.

—No pasa nada —aseguró—. No lo ha dicho con segundas. Déjame hablar con él.

Gunnar fue enfriándose poco a poco. Respiró hondo varias veces.

—Cuidado con lo que dices —me advirtió.

Se guardó la pistola bajo la cinturilla del pantalón y se dirigió hacia un Dodge con el capó levantado. Cerró el capó bruscamente, apoyó las manos en él y agachó la cabeza. Casey lo observó hasta cerciorarse de que había recobrado el control y entonces dijo:

—Yo no tengo nada que ver con eso.

—Tu viejo visitó a Czabo. Por lo que he oído, lo amenazó. Hubo testigos.

Casey tragó saliva y cabeceó con un gesto de frustración.

—Sabía que Ray me seguía. Lo vi tomarme unas fotos. Intenté disuadirlo, pero se negó a escuchar. Dijo que yo me interponía entre su mujer y él. Mi padre se enteró...

—¿Se enteró o se lo dijeron?

Casey enrojeció. Era, comprendí, un hombre más débil de lo que parecía.

—Pensé que mi padre podía mandar a Billy para que hiciera entrar en razón a Ray. Mira, hago algún que otro trabajo para mi padre. Yo cuido de ciertos coches suyos. En algunos casos..., en fin, la propiedad puede ser dudosa, ¿me explico? Ray necesitaba una advertencia, o las cosas iban a ponerse muy feas.

—Las cosas se le pusieron muy feas. Alguien le disparó en la cabeza.

—Mi padre no fue.

—¿Estás seguro?

Casey bajó la voz.

—No le conviene esa clase de complicación con la policía. Se está haciendo viejo. De todo lo que cuentan de él, ya casi nada es verdad. Sólo tiene a un par de hombres en nómina, y básicamente se dedican a llevar a mi viejo a comer. Vende algún coche robado, reparte un poco de hierba entre los universitarios, y a eso se reduce todo prácticamente. Ya no anda metido en grandes operaciones, pero si lo detuvieran, lo quitarían de la circulación, y él no quiere morir en la cárcel. Él no ha matado a Ray Czabo. Yo tampoco. Cuando venga la policía, diremos eso.

Miré a Gunnar. Tosía. De pronto comprendí que lo que yo había interpretado como intentos de controlarse eran en realidad esfuerzos para recuperar el ritmo al respirar. Emitía estertores de enfermo. Billy estaba ahora al lado del viejo, acercándole un vaso de agua a los labios.

—Puede que sea un gilipollas, pero es mi padre —dijo Casey.

Rogaba comprensión con la mirada.

—Y...

Casey apoyó una mano en mi hombro, como para alejarme del taller. Se lo permití.

—Perdimos a un hombre, Lee Tierney —dijo.

—¿Cuándo?

—Hace una semana o así. De una puñalada en el corazón.

El nombre me sonaba vagamente. Recordé una crónica del *Press Herald* sobre una muerte por herida de arma blanca en Orono. No se mencionaba a Gunnar Tillman.

—Según el artículo que yo leí, a Tierney se lo cargaron en el aparcamiento de un bar. El cuerpo estaba escondido debajo de unas bolsas de basura.

—Ahí es donde lo encontraron.

—¿Y dónde murió, pues?

—Cerca de aquí. Mi padre ordenó que lo llevaran a otro sitio.

Eso explicaba la crispación de Gunnar.

—¿Alguna sospecha de quién pudo ser?

Casey negó con la cabeza.

—Nadie tiene esa clase de deudas pendientes con mi padre. Como te he dicho, ya no anda metido en esas cosas. —No creí a Casey, pero daba igual—. Rondaba por allí un tipo —continuó Casey—. Billy lo vio. Era alto, tirando a sucio, con un abrigo largo. Parecía un mendigo, pero un mendigo no habría podido liquidar a Lee. Imposible.

No me molesté en sacarlo de la ignorancia, pero mientras me dirigía hacia el Mustang recordé el tamborileo de los dedos del Coleccionista en la carrocería.

El inspector Jansen volvió a telefonarme ese mismo día cuando me disponía a salir hacia Two Mile Lake para relevar a Ángel y Louis.

—¿Dice que estuvo en el apartamento de Czabo? —preguntó.

—Así es.

—¿Y dejó su tarjeta?

—La pasé por debajo de la puerta. ¿Por qué?

—No había ninguna tarjeta cuando hemos ido a registrar. El casero dice que él ni se ha acercado por allí, y la mujer de Czabo afirma que no tiene llave. Por cierto, ella ha hablado muy bien de usted.

—No lo dudo. ¿La considera una buena candidata para esto?

—No la considero una buena candidata ni para esto ni para nada. Si Czabo no hubiese recibido más de un balazo, lo habría archivado como suicidio.

—¿Tiene coartada, la mujer?

—Sí. Un tal Casey Tillman. Es mecánico. Sostiene que se fueron a New Hampshire hace unas semanas para un par de días de relax. Si las fechas coinciden quedarán libres de sospecha. Lo estamos comprobando. Según Tillman, no había ningún resentimiento entre Czabo y él. Me inclino a creerle. Lo único dudoso en él es su gusto en mujeres.

Me pregunté si Jansen había establecido la conexión entre Casey Tillman y su padre. Recordé que había prometido a Tillman no mencionar ese dato a menos que no me quedara más remedio. Decidí guardármelo de momento. Tampoco mencioné las fotografías tomadas por Ray Czabo que yo tenía en mi poder. Aún no había pensado la manera de contar eso a Jansen sin meterme en un grave aprieto. Decidí, pues, darle las gracias por mantenerme informado. Jansen aclaró que no lo hacía por simple bondad, y que esperaba que le pagase con la misma moneda. Le contesté que compartir era la esencia de toda buena relación. Dijo que antes preferiría tener relación con la mujer de Ray Czabo, y colgó.

De camino a Two Mile pensé en Ray Czabo. No era un santo, y en el pasado sus actos le habían valido más de una paliza, en general justificadas, pero era poco probable que sus macabras tendencias hubiesen inducido a alguien a matarlo. Me acordé del Coleccionista, de pie tras la barra de Denny Maguire bajo la luz vacilante. Me pregunté si bajo aquellas capas de ropa vieja escondía una pistola, además de una navaja.

Por otra parte, quizá Jansen se equivocara acerca de la que había sido la esposa de Ray, pero yo no lo creía. Una mujer que acaba de matar a su marido, o de conspirar en su asesinato, no va a preocuparse demasiado por una antigua lesión infligida a él por otra persona. Cuando la señora Czabo me recordó mi primer encuentro con su marido, aquel tras el cual él acabó con la nariz rota, pareció sentirse sinceramente ofendida en nombre de Ray. Tal vez sólo hacía teatro por consideración a mí, pero, que yo supiera, no tenía nada que ganar con eso.

Lo único que yo sabía con toda seguridad era que la muerte de Ray Czabo coincidía poco más o menos con la aparición de la fotografía en el buzón de la casa Grady, y que alguien había vuelto a su apartamento después de mi visita allí, quizá para reanudar el registro en busca de algo que había pasado por alto la primera vez, o para asegurarse de que no quedaba ninguna prueba a la vista. Supuse que cuando llegó la policía, el apartamento estaba en orden, y las cajas que yo había visto fuera de sitio volvían a hallarse en su lugar correspondiente.

Si todos esos hechos guardaban relación, una posible conclusión era que, en una de sus expediciones a Two Mile, Ray había coincidido con el individuo que

metió la foto en el buzón, y esa persona había matado a Ray para asegurarse de que no contaba nada de lo que había visto. Si ése era el caso, Matheson tenía razón para preocuparse ya de buen comienzo. Los bromistas no disparan a la gente con una calibre 22, porque es difícil reírse con orificios en lo alto de la cabeza. El hombre —y no me cabía duda de que era un hombre— que dejó la foto de una niña desconocida en la casa Grady se tomaba muy en serio lo que estaba haciendo.

Había llegado el momento de hablar de nuevo con el jefe Grass, pero cuando telefoneé, me dijeron que no podía atenderme. Le dejé un mensaje, pero no me devolvió la llamada.

Al décimo día, la vigilancia empezaba a pasarme factura. A diferencia de Ángel y Louis, yo no podía tomarme descansos ni repartirme las guardias con otro, y ya tenía el reloj biológico alterado del todo. Aunque dormía cuando volvía a casa junto a Rachel, o aprovechaba un par de horas en el sofá cama cuando llegaban Ángel y Louis, a ratos no podía evitar adormilarme. Los colores me parecían demasiado intensos y percibía los sonidos apagados o dolorosamente nítidos. A veces era incapaz de saber si soñaba o estaba despierto. Hablé con Matheson en una o dos ocasiones, y le informé de que aquello era insostenible a largo plazo. Accedí a completar la segunda semana de vigilancia, consultándolo antes con Ángel y Louis para asegurarme su conformidad, pero lo veía ya como una causa perdida. Contemplé la posibilidad de tomar la palabra a Clem Ruddock, que se había ofrecido a ayudarme, sobre todo porque Rachel podía dar a luz en cualquier momento y quería estar a su lado. Me pasaba la mayor parte del tiempo preocupado por ella. Siempre tenía el móvil a mano, con el volumen del timbre bajo pero audible, incluso cuando dormía.

La décima noche vi moverse una silueta entre los árboles junto a la casa Grady.

No había oído acercarse ningún coche, aunque en mi estado de agotamiento no habría sabido decir si sencillamente lo había pasado por alto. Me levanté, atravesé la casa de labranza y me detuve para sacar la pistola de la funda colgada en el respaldo del sofá cama deshecho. La noté extraña y a la vez familiar en la mano, porque hacía meses que no la empuñaba siquiera con la más remota intención de utilizarla. Finalmente telefoneé a Ángel y Louis. Si aquello era fruto sólo del nerviosismo, lo peor que podían hacerme era levantarme un poco la voz.

Abrí la puerta de entrada y tiré de ella con sigilo por miedo a que el viento la cerrara de golpe y alertara a la presencia del bosque de que alguien se acercaba. Descendí por la pendiente, arrimado a la hilera de árboles, hasta que percibí el olor a madera podrida y el ligero aroma a humo que flotaba en torno a la casa. Rodeé la arboleda con la esperanza de sorprender al intruso desde atrás, pero cuando llegué al sitio donde lo había visto, ya se había ido y sólo quedaba una colilla aplastada allí donde hasta poco antes había estado, no me cabía duda, el

Coleccionista.

Retrocedí hacia la periferia del bosque, desde donde, al amparo de un árbol, escruté la propiedad. No vi señal alguna de movimiento. Eso no aplacó en absoluto mi nerviosismo. Al cabo de un rato me encaminé hacia la casa Grady, dando la espalda a sus muros. Examiné las fachadas laterales y luego me acerqué a la vieja sala recibidor situada en la parte delantera de la casa, a la derecha de la puerta. Pensé en la figura del espejo, captada por el flash de Ray Czabo, pero cuando apreté la cara contra la rendija entre los tablones, no vi nada en la oscuridad.

Me aparté y enfoqué con la linterna la puerta de acero que impedía el acceso. El candado había desaparecido. Me aproximé y tanteé la puerta tirando de ella hacia mí. Se abrió con cierta resistencia y mucho ruido. Detrás, la puerta original estaba ya entornada. Empujando, la abrí un poco más y di un paso atrás, sin saber muy bien qué esperar, pero no me llegó sonido alguno del interior. Después de contemplar mis opciones durante un par de segundos, entré.

Ahora el olor a putrefacción era más intenso, como lo eran los efluvios químicos de la cola del papel pintado. Una ancha tira de papel se había desprendido de la pared del zaguán desde mi anterior visita, y pendía oblicuamente como la esquina de una página doblada en un libro, dejando a la vista el yeso húmedo. Iluminé esa zona con la linterna y bajo el papel vi algo semejante a fragmentos de letras y dibujos. Arranqué la tira.

La pared estaba cubierta de palabras y símbolos, ninguno de los cuales me resultaba familiar. Pensé que acaso fuese latín, pero los trazos estaban tan desdibujados que resultaba imposible saberlo. Retiré otra tira de la pared y asomaron nuevos textos, esta vez adornados con círculos y estrellas. Todo aquello tenía un sentido, pero yo era incapaz de desentrañarlo. Los olores de la casa, intensificados aparentemente al arrancar el papel, me provocaron náuseas. Me tapé la nariz con un pañuelo e intenté respirar por la boca con inhalaciones poco profundas mientras avanzaba hacia la puerta del comedor. La abrí con el pie y entré.

Las puertas que comunicaban los dos ambientes estaban abiertas, como esperando una gran fiesta que ahora ya nunca se celebraría. Los espejos miraban hacia suelos polvorientos y cortinas rotas. Deberían haber reflejado lo que yo veía, pero no era así. En su cristal picado vi, en lugar de eso, el resplandor de candelabros encendidos, y un papel caro, estampado a mano, en las paredes. Las cortinas no estaban ya descoloridas y rotas, sino que eran nuevas y vistosas. Tupidas alfombras cubrían los suelos, y había una mesa puesta para dos personas.

Sentí el roce de mis zapatos en el polvo sobre el entarimado desnudo. En esa sala no había nada aparte de mugre y bichos muertos, y sin embargo en el espejo veía la casa como podría haber sido. Crucé las puertas para acceder a la

sala recibidor, y allí alcancé a ver mullidos sofás y sillones a juego, y paredes revestidas de libros, todo ello reflejado en las profundidades de los espejos colgados en las paredes.

«Es su casa», pensé. «Es la casa de Grady, tal como él la veía en su imaginación».

Sentí una presencia a mis espaldas, pero al volverme sólo vi mi propia imagen en el espejo del zaguán, recortándose contra las maravillas de las barrocas salas situadas detrás de mí. Pero allí había algo más, aguardando en el cristal. Lo percibí, a la vez que las imágenes se mecían ante mis ojos y un arranque de tos sacudía mi cuerpo al intensificarse el hedor a cola vieja y humedad.

Advertí entonces por primera vez que la puerta del sótano ya no estaba cerrada. Sabía que detrás de esa puerta colgaba otro espejo, y que si miraba en él, vería otras creaciones de la imaginación de John Grady, insinuándose de algún modo en mi conciencia.

—¿Quién hay ahí?—pregunté en voz alta.

Y una voz contestó, y pensé que parecía la voz de una niña.

Estoy aquí, dijo. ¿Me ves?

Desplacé el haz de la linterna, procurando dar con la procedencia de la voz.

Aquí. Estoy aquí. Detrás de ti.

Y cuando me volví, había un espejo, y en el espejo vi a una niña con el pelo sucio y apelmazado, y un vestido rojo hecho jirones. Más allá vi a otra niña, con las mejillas pálidas y la piel desgarrada. La niña que había hablado se apretó contra el espejo como si fuera un cristal transparente, y vi cómo su piel se aplastaba contra él.

Él está aquí, dijo. Nunca se fue.

De reojo vi deslizarse una mancha oscura por el espejo del comedor. Era la silueta de un hombre, desdibujada como una mala proyección. Se movió deprisa, saltando de espejo en espejo, avanzando por las salas hacia el zaguán.

Ya viene, dijo la niña, y de pronto ella y sus compañeras desaparecieron.

Levanté la pistola. Tuve la impresión de que en todas partes, allí donde miraba, había movimiento, y me pareció oír alzarse una voz infantil a causa del miedo.

Sacudí la cabeza. Ahora los sonidos procedían de abajo, del sótano, y me dirigí hacia ellos. En el espejo de la puerta me vi atrapado en la casa Grady que nunca llegó a ser. Ante mí, descendía la escalera del sótano. El haz de la linterna iluminó los hilos de las telarañas, el suelo de piedra y una única silla colocada bajo el portalámparas sin bombilla. Era una silla pequeña, demasiado pequeña para un adulto, pero del tamaño idóneo para un niño. Allí había más espejos en las paredes, pero no mostraban un hermoso mobiliario, ni alfombras ni cortinajes. Ese era el lugar donde Grady mataba, y allí no necesitaba belleza.

Pasé ante los sucesivos espejos enfocando oblicuamente sus superficies. Me vi una vez, y otra, y otra más.

Y por un instante vi la cara de otro hombre, suspendida detrás de la mía, antes de retirarse de nuevo hacia las sombras. Levanté la pistola, apunté hacia el cristal...

De pronto me detuve. Se oyeron unos pasos por encima de mí acercándose a la puerta del sótano por el pasillo principal. Apagué la linterna y retrocedí en la oscuridad justo cuando otra luz apareció en lo alto. Oí la respiración de un hombre y los crujidos de la balastrada cuando apoyó su peso en ella. Enseguida se dibujó su silueta. Era un hombre corpulento y cargaba un saco sobre el hombro izquierdo. El saco se movía.

—Ya casi hemos llegado —dijo.

La linterna osciló en su mano cuando llegó al pie de la escalera. Con cuidado, dejó el saco en el suelo; luego, haciendo girar la cabeza de la linterna, reguló el haz para ensancharlo y producir una luz ambiental, y en su resplandor le vi la cara.

—No se mueva —dije a la vez que salía de la oscuridad de la escalera.

El jefe Grass no parecía tan sorprendido como debiera estarlo, dadas las circunstancias. Tenía los ojos un tanto vidriosos. Vi el arma en su mano izquierda, antes oculta por el saco. La apoyaba en la cabeza de la pequeña apresada dentro.

—Usted no debería estar aquí —dijo—. A él no va a gustarle.

—¿A quién no va a gustarle?

—Al señor Grady. No le gusta ver a desconocidos en su casa.

—¿Y usted? ¿No es también un desconocido?

Grass dejó escapar una risa burlona. Fue un sonido desapacible.

—Ni mucho menos —contestó—. Llevo viniendo aquí mucho mucho tiempo. El señor Grady tardó lo suyo en empezar a confiar en mí, pero a partir de ese momento todo fue bien. Mantenemos largas conversaciones. Está muy solo. Ahora le he traído un poco de compañía, sangre nueva.

Dio un puntapié al saco, y dentro la pequeña lanzó un grito ahogado.

—¿Cómo se llama la niña? —pregunté.

—Lisette —contestó Grass—. Es muy guapa, pero, bueno, usted ya ha visto el retrato.

Guapa.

Oí que una voz lejana repetía la palabra, y en el espejo que se alzaba detrás de Grass vi reflejado a John Grady. Apretó contra el cristal las yemas de los dedos, que se aplastaron como antes había ocurrido con la piel de la niña muerta, y fijó la mirada en la forma de la pequeña, que se movía débilmente dentro del saco. Vi su prominente mentón, curvo y salido, su pelo bien peinado, la diminuta pajarita manchada en su cuello. Movía sin cesar los labios en una letanía de deseo, sus palabras ahora ininteligibles pero de significado claro.

—Es la casa, Grass —dije—. Lo ha inducido a actuar así. Esto está mal. Usted sabe que está mal. Baje el arma.

Grass movió la cabeza en un gesto de negación.

—No puedo —repuso—. El señor Grady...

—Grady está muerto —atajé.

—No, está aquí.

—Escúcheme, Grass. Hay algo en esta casa que le ha afectado. No piensa con claridad. Es necesario que salga de aquí. Yo sacaré a la niña y luego nos marcharemos todos.

Grass pareció indeciso por primera vez.

—Él me ha dicho que la traiga. Él la eligió. Entre todas las niñas que le enseñé se quedó con ésta.

—No —dije—. Eso lo ha imaginado usted. Ha pasado demasiado tiempo aquí. Todo en esta casa está emponzoñado, y de algún modo ha penetrado en su mente.

A Grass le vaciló un poco la mano con que empuñaba el arma. Apartó la mirada de mí para posarla en la niña tendida en el suelo y luego la dirigió de nuevo hacia mí.

—Esta casa ha contaminado su pensamiento, Grass. Usted no quiere hacer daño a esta niña. Es policía. Tiene que protegerla, igual que protegió a Denny Maguire. Déjela ir. Debe dejarla ir.

Pero yo mismo no estaba muy seguro de creer todo lo que decía, porque vi volverse hacia mí los ojos de John Grady en el espejo, y sus labios formaron una sola palabra:

No.

Grass pareció oírla, y la incertidumbre desapareció de la expresión de su mirada. Apretó aún más la pistola contra el cráneo de la niña; luego levantó el saco y, sosteniendo a su presa bajo el brazo, empezó a retroceder escalera arriba. Lo seguí y llegué al último peldaño en el momento en que él salía al zaguán y, de espaldas a la pared, iba en busca de la seguridad de su vehículo, aparcado fuera.

En la puerta, dos siluetas le impedían el paso.

—A ver, ¿adónde cree que va? —dijo Louis. Estaba en el porche con el arma en alto. Ángel, arrodillado ante él, encañonaba a Grass con la suya. Al cabo de unos segundos yo añadí una tercera.

Grass se detuvo, atrapado entre nosotros.

—Déjela ir —dije—. Se acabó.

Grass negaba con la cabeza, mascullando algo que no alcancé a comprender. Fijó la vista al frente, en el espejo. No sé qué veía, porque el ángulo no me permitía verlo a mí también, pero por su expresión quedó claro que yo no era el único que tenía alucinaciones en la casa Grady.

—Grass, usted rescató aquí a Denny Maguire —dije. Percibí la

desesperación en mi propia voz—. ¿Se acuerda? Usted lo sacó. Le salvó la vida. Salvó la vida de un niño. No es un asesino. Este no es usted. Todo se debe a la casa. Escúcheme. Usted no tiene la culpa. Se debe a algo que hay en la casa.

Lentamente, Grass relajó el brazo y al final dejó caer el saco al suelo, si bien siguió apuntándolo con el arma. Oí llorar a la niña, pero también me pareció captar otra voz: hablaba en susurros, vertía palabras obscenas en el oído de Grass.

—No le escuche —dije—. Por favor. Baje el arma.

Grass se demudó. Se echó a llorar, y recordé el llanto de Denny Maguire en su bar: dos hombres vinculados por la maldad de John Grady.

—Grass —dije.

Levantó el arma y la apuntó hacia el espejo que se hallaba ante él.

—Bájela —insistí.

Ahora Grass sollozaba.

—Esto no es una casa —dijo.

Amartillé la pistola.

—Esto no es una casa —repitió, y se volvió para mirarme a la vez que súbitamente dirigía el arma hacia sí hasta apoyarse el cañón en la sien—. Esto es...

Apretó el gatillo, y las paredes se tiñeron de rojo.

La figura de detrás del espejo me observó cuando me arrodillé y deshice el nudo de la cuerda que mantenía cerrado el saco. Dentro yacía la niña de la foto, atada de manos y pies y amordazada con un fular rojo. Le retiré primero la mordaza y después le solté las manos y los pies, pero no le permití mirar el espejo situado detrás de mí, ni el cadáver del hombre que la había llevado hasta allí.

—Quiero que te vayas con mis amigos —dije—. Ellos cuidarán de ti hasta que yo salga.

La niña lloraba e intentó abrazarse a mí, pero, con delicadeza, la obligué a apartarse y echarse en brazos de Ángel.

—Tranquila —dijo él mientras se la llevaba afuera—. Ya nadie va a hacerte daño.

La seguí con la mirada hasta que se perdió de vista. Louis permaneció en el umbral de la puerta, esperando.

Me acerqué al espejo con la pistola en alto. Los ojos muertos de John Grady se ensancharon y sus labios se movieron más y más deprisa.

—Se acabó lo que se daba —dije, y disparé.

Y el espejo se hizo añicos, iniciándose así el proceso de erradicación de la imagen de John Grady.

Dos días más tarde estuve presente mientras una cuadrilla de trabajadores retiraba todos los espejos restantes de la casa Grady y los colocaba en la caja de una de las furgonetas de Matheson. El propio Matheson estaba a mi lado, presenciándolo todo.

Uno de los trabajadores se acercó a nosotros y dijo:

—Hemos llevado los espejos con mucho cuidado. Son antigüedades. Podrían valer bastante dinero si se restaurasen un poco.

—Van a ser destruidos —informé.

El trabajador miró a Matheson con la esperanza de recibir una respuesta alternativa.

—Ya lo ha oído —confirmó Matheson.

El trabajador se encogió de hombros y prosiguió con la carga de los espejos.

—¿Cree usted que Grass trajo a la niña a la casa convencido de que así satisfacía los deseos de Grady? —preguntó Matheson.

—Sí —respondí—. Creo que estaba plenamente convencido.

—¿Y qué pasó con Ray Czabo?

—Grass tenía una calibre 22. Seguro que se corresponde con las balas que mataron a Czabo. Mañana saldremos de dudas.

Dos trabajadores regresaron del interior de la casa cargados con uno de los espejos del sótano.

—No me ha contado qué vio ahí abajo —dijo Matheson.

Lo miré. Recordé la cara de John Grady y a las niñas en los tenebrosos confines del espejo. Vapores y cansancio, pensé, sólo vapores y cansancio.

—Vi reflejos —respondí.

Me miró fijamente por un momento y por fin asintió.

—De acuerdo, pues. Reflejos.

Contamos los espejos para asegurarnos de que no faltaba ninguno. Cuando acabamos, Matheson subió a la cabina y se puso en marcha. Yo lo seguí de regreso a su fábrica. Allí, en un edificio de arenisca marrón al fondo del recinto, había un horno industrial. Matheson estacionó la furgoneta enfrente.

—¿Está usted seguro de lo que vamos a hacer? —preguntó Matheson.

—Eso creo —contesté.

—Traeré a unos cuantos chicos para que echen una mano.

Me dejó allí y se dirigió hacia la nave principal. Me recosté contra la furgoneta y observé la luz menguante. Los días ya eran más cortos. El viento era

más frío. Pronto llegarían las nieves.

Ni siquiera vi venir el golpe. Estaba contemplando el cielo y de pronto estaba tendido en el suelo, viendo estallar vivos destellos ante mis ojos. Me dispuse a levantarme, pero algo me desequilibró. Me desplomé de espaldas y procuré no vomitar.

El Coleccionista estaba de pie junto a mí. Tenía en la mano una vieja porra de cuero.

—Lo siento —dijo.

Abrí la boca para hablar, pero nada salió de mi garganta. Me conformé con mirar en silencio cómo cogía un pequeño espejo dorado de la caja de la furgoneta.

Alargué un brazo. Creó que conseguí pronunciar la palabra «No». Fuera cual fuese el sonido que brotó de mis labios, lo indujo a bajar la vista y mirarme.

—No basta con quemarlos —dijo—. Él seguirá libre. —Se arrodilló a mi lado y giró el espejo hacia mí—. Mire.

Me era imposible concentrar la mirada. Mi imagen fluctuaba en el cristal, pero no fluctuaba sola. Vi a John Grady, pero no como era en otro tiempo, no como era en las fotos, o con el aspecto que ofrecía antes de que mi bala alcanzase el espejo del sótano. Me pareció ver miedo, o quizás era mi propia cara lo que veía. No lo sé.

—Él debe un alma —dijo el Coleccionista—. Fue condenado y desposeído de su alma.

—¿Quién es usted? —pregunté, pero no contestó.

Más tarde encontré el formulario relleno por el Coleccionista al comprar los libros viejos de John Grady en la venta organizada por la policía. El nombre al pie había sido plasmado con una magnífica caligrafía ornamental, realmente hermosa. El hombre que se presentó como sobrino de uno de los principales anticuarios especializados en libros había firmado «Señor Kushiel». Curiosamente, la dirección facilitada era la de la vieja penitenciaría estatal de Thomaston, que ya no existe. Por un breve momento me sentí tentado de consultar su nombre, de descubrir la derivación, pero no lo hice. Por el contrario, recé para no verlo nunca más, porque cualquier cárcel en la que Kushiel desempeñase una función se hallaba a mucha más profundidad que las ruinas de Thomaston.

Pero eso fue tiempo después. De momento, yo estaba tendido en el suelo, sangrando, y el Coleccionista se hallaba de pie junto a mí con el espejo firmemente sujeto bajo el brazo. Para cuando Matheson regresó, él se había ido y hacía rato y la deuda de John Grady estaba a punto de ser pagada para toda la eternidad.

El 12 de diciembre Rachel dio a luz a nuestra hija. Le pusimos Samantha, abreviado en Sam. Yo estaba presente cuando nació. La cogí en brazos y olí la sangre en ella a la vez que presente y pasado se fundían, entrelazándose, combinándose, atándome a lo que fui y a aquello en lo que me había convertido.

Una niña nacida, otra salvada. Quizá Clem Ruddock tenía razón. Conmigo siempre hay niños de por medio, y hay una lógica, si decido buscarla con la debida atención. Hay una lógica, y yo formo parte de ella. Sam también tiene un lugar en ella, porque el cumpleaños de mi nueva hija coincide con el aniversario de la muerte de su hermanastra, y de la muerte de la mujer que en otro tiempo fue mi esposa.

Hay una lógica.

No tengo miedo.

Me digo que ya no tengo miedo.



JOHN CONNOLLY (Dublín, 1968). Estudió filología inglesa en el *Trinity College* de Dublín y periodismo en la *Dublin City University*. Fue funcionario en la Administración local y trabajó como chico para todo en los almacenes *Harrod's* de Londres, y como camarero, antes de colaborar con *The Irish Times*. Pronto se cansó de la profesión, y decidió pasar a escribir ficción, pese a lo cual todavía sigue publicando artículos periódicamente, entre los que destacan sus entrevistas a otros escritores consagrados.

Vive en Dublín, pero pasa parte del año en Estados Unidos, donde se desarrolla su serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Charlie Parker, alias «*Bird*».